

# EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 13 de Agosto de 1899.

Número 7



CRISANTEMAS.

CUADRO DE CONRADO KIESEL.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

Mes de Agosto... Un gran hábito de vida estre-  
mece y resquebraja la tierra. Bajo la corteza afel-  
pada de los campos, se oyen bullir y cantar los mis-  
teriosos manantiales de la savia. Por las mañanas,  
las frondas desperezan sus ramajes y los estienden en  
el vacío luminoso y azul, como brazos que buscan en  
el aire algo invisible de que asirse. Llegan los céfiros  
cargados de polen y—manirroto céfiros!—por todas  
partes lo avientan y derraman. La Naturaleza que  
se siente hermosa, sonríe con una placidez de matro-  
na fecunda. Todo está alegre y satisfecho, el amor  
labora, labora en su infatigable y divina tarea. Los  
pájaros dicen ternezas, se buscan los insectos y se  
persiguen las mariposas.

Hasta la ciudad llega este soplo vivificante que pa-  
rece un gran suspiro de cariño.

—Mira cómo soy buena— nos dice la sublime ma-  
dre—mira cómo hay todavía en el Universo, fuerzas  
para crear las cosas bellas.

¿Qué empeño tienes, espíritu adolorido y escéptico,  
en enristecerte y en renegar de mí que no te desco-  
nozco y que te amo? Me ves triste como tú y como  
tú fatigada y doliente, porque me ves á través de tus  
lágrimas. Seca tus ojos para contemplarme; soy la  
misma. Búscame en cualquier parte y me hallarás, y  
llenaré tu pensamiento de ideas nobles. Flores abajo  
y arriba estrellas, claridades y perfumes, despertarán  
en tí esperanzas dormidas y harán germinar nuevos  
ensueños. Eres torpe y serás infeliz si cruzas por la  
vida sin amarme. ¿Qué harían tus anhelos sin mis ho-  
rizontes? ¿Qué harían tus placeres sin mis rosas?  
¿Qué harían tus ideales sin mis astros? Eres el autor  
de tu desdicha.

Si como antes lloraras en mi seno, encontrarías la  
misericordia infinita de mi serenidad, y hallarías  
la firmeza y el aliento que has perdido por querer  
existir fuera de mí. Inútiles son tus complicaciones,  
vanas y estériles tus ansias. Sólo mi sencillez es eter-  
na y es fuerte y es todopoderosa. Arrepíentete y ven,  
que aún tengo bálsamo para curar tus heridas, soplo  
para orear tu llanto, alas que prender á tus ideas y  
ternuras con que arrullar tus sentimientos.

Y mientras tanto, al caer la tarde sobre la vulgar  
melancolía de la ciudad fangosa, los hábitos de las  
cercanas campiñas, murmuran misteriosamente esas  
palabras consoladoras, el alma, como una enferma  
que ya no espera alivio, piensa en que, mejor que to-  
do eso, es descansar en el fondo de la sombra sin fin  
y sin estremecimientos.

\* \*

Un viejo rey, risueño y santo, coronado con la dia-  
dema de hierro y oro de la Sabiduría, que sólo testas  
como la suya soportan sin cansancios ni abatimien-  
tos, cubierto por la púrpura imperial del Arte, y em-  
puñando el cetro de la elocuencia en la diestra robus-  
ta, acaba de ver desfilar ante él, la entusiasta proce-  
sión de la juventud admirada y agradecida.

Este último triunfo no ha sido como los otros es-  
trepitoso y público; ha pasado en la tranquilidad de  
su hogar, en silencio, sin rumor de multitudes, ni  
ecos de vítores, ni músicas de hossanas. Pero, á pe-  
sar de todo, ninguno quizá más bello que éste, por  
lo que tiene de alto y noble ver premiada una exis-  
tencia que por entero se consagró al Bien y á la  
Virtud.

Justo Sierra celebró sus bodas de plata, es decir,  
veinticinco años de amor sagrado y puro, cinco lus-  
tros de apacible y cándido deliquio con la enamora-  
da del corazón.

¡Oh, gran poeta, poeta amable y bueno, bajo cuyos  
laureles sombro mis esperanzas, tú que hiciste de la  
poesía una religión, de la familia un culto, de la vida  
un elevado ejemplo, permíte que hoy acalle mis ala-  
banzas y enfrene mis rebeldes entusiasmos!

Quiero respetar el delicado pudor con que me ha-  
blas de tus ingenuas y sencillas intimidades. El ve-  
lo que cubre tus sagrados afectos, es para mí, como  
un manto de Tanit. No lo tocaré; no he de cometer  
esa tentadora profanación. Ya sé lo que oculta; á  
través de su fina malla, se ven brillar cariños inma-  
culados, modestas y silenciosas virtudes, luceros aver-  
gonzados de esplendor, flores ruborizadas de perfu-  
mar, escenas y episodios de gineceo llenos de amoro-  
sa ternura, y aquí y allá gotas de lágrimas sobre las  
serenas sonrisas, como rocío sobre las flores.

Peró mi mano no es sacrilega, no levantaré el velo  
de tus intimidades.

De lejos, entre la juvenil muchedumbre, confundido  
entre las admiraciones, me contentaré con ver  
cuál se inunda tu cabeza apostólica en una ráfaga de  
gratitud y de amor.....

\* \*

No hace muchos días *retoriqueaba* yo en torno de las  
óperas viejas. En estos instantes te juro—¡oh mi lec-  
tora imaginaria y linda!—que no recuerdo cómo di-

vagué, de la mano de mi fantasía, á través de los  
campos del ensueño. Conservo, sin embargo, una va-  
ga reminiscencia. ¿Decía que no me gustan las ópe-  
ras viejas? Sí? Pues cuenta que es mentira, me des-  
digo. Claro que no me agrada ya salir de casa, buscar  
un coche de punto ó ir bajo el capelo de vidrio opa-  
co y sutil que forma la lluvia al rededor de mi para-  
guas, hasta el lejano Circo Orrin, sentarme en la bu-  
taca incómoda que abre sus brazos desenfadadamen-  
te, como mujer cansada y soñolienta, y desde allí es-  
cuchar y ver esas antiguallas, hundido en una  
penumbra que invita al primer sueño. ¡Oh, eso es  
fastidioso!

Gústame quedar, como suelo, en mi cuarto de tra-  
bajo, rodeado de mis amigos, y, á charla deshilvana-  
da y saltante, recordar, entre risa y risa, burla bur-  
lando, mitad á ironía y mitad á admiración, frases,  
motivos y melodías de Donizetti y de Verdi, mú-  
sica que cantó en nuestro corazón los himnos prima-  
verales de las ilusiones recién nacidas.

Bellini está más remoto. Es como un vaho de ne-  
blina que dulce y vagamente se tiende en las monta-  
ñas semiborradas del pasado. ¡Oh, arias de Bellini,  
nítidas y suaves, temas exquisitos, desarrollados, con  
el sublime candor del genio, como una cinta de seda,  
aires pastoriles empapados de fragancias, como rami-  
lletes acabados de atar; oh, inocentes arias de Bellini,  
habéis sido las precursoras de nuestra veneración por  
los modernos, por los polifónicos, por los complica-  
dos y, casi pudiera decir, decadentes compositores de  
esta época!

Ahora no vamos á un teatro á soñar con las arcaí-  
cas inspiraciones de los maestros paganos; pero, no  
obstante nuestros aplausos y nuestra decidida admi-  
ración, á los flamantes maestros italianos, no pode-  
mos menos de volver, de vez en cuando, como se vuel-  
ve á un parque abandonado que años atrás conocía-  
mos florecido, á vuestra expresión y encantadora  
sencillez. Al oírlos, se recuerda aquel candoroso pasa-  
je del Werther: «Qué contento estoy de tener un co-  
razón capaz de gozar de la inocente y sensible alegría  
del hombre que sirve á su mesa la col que él mismo  
ha cultivado, y que no solamente goza del placer de  
comer su col, sino también de acordarse en aquel ins-  
tante de los hermosos días que ha pasado en culti-  
varla, de la bella mañanita en que la plantó, de las  
suaves tardes en que la regó, y en que tuvo la satis-  
facción de observar cómo medraba, haciéndose cada  
vez mayor.....»

\* \*

Y mi amigo me contestó:

—Es verdad; Rosa Fuertes es una artista. Fíjate.  
No sólo por su voz y por su declamación y por su  
experiencia y seguridad en la escena, sino también  
por algo de su vida de mujer, inquieta y febril, que  
va y viene, como el *Express* de Campoamor, con un  
trajín de fiera encadenada.

Rosa está enferma de la divina neurosis. Como los  
gigantes de los cuentos, duermo y sueña con los ojos  
abiertos. Hoy vuelve á presentarse al público porque  
no puede ya vivir sin las artificiales, pero deliciosas  
agitaciones del teatro. Dentro de esa existencia fin-  
gida desbórdanse los dolores reales y cantan las ale-  
grías verdaderas. Rosa está hecha para apurar, sorbo  
á sorbo, la copa de deleite de la ficción dentro de la  
cual cabe una alma. Fíjate bien; es una artista...

Y mi amigo tenía razón.

\* \*

Dejo de pensar en los teatros y para elevar mi es-  
píritu recorro las páginas de dos libros últimos, que  
sobre mi mesa están esperando un fallo mío. Uno viene  
de lejos, de Nueva York, y es de Cesar Zumeta,  
el brioso polemista, y otro es la obra de un maravillo-  
so poeta: José Juan Tablada.

—Pierde cuidado, lectora imaginaria, te prometo  
que muy pronto voy á contarte mis impresiones.

LUIS G. URBINA.

## EL EXTERIOR.

### Revistas Políticas y Literarias.

- 1—EL TRASTRUQUE DE LAS ALIANZAS.
- 2—ALSACIA—LORENA.
- 3—LAS FILIPINAS; CUBA.

Nosotros los diplomáticos de la prensa, (cualquiera  
es diplomático en la prensa, eso depende de los pe-  
riódicos de que se dispone, de un barnicillo de histo-  
ria contemporánea, de medio barnicillo de historia  
romana ó más bien de algunas citas (hay diccionarios  
*ad hoc*) y de algunas frases medioevales tomadas de  
Castelar si es español, de Michelet si es francés y de  
Green ó Macaulay si es inglés,—ó mejor que todo eso  
de una Enciclopedia británica que es excelente, ó de  
un Larrousse que es malo por regla general, y si á  
esto se agrega.....). Con que decía yo que los diplo-

máticos de la prensa nos estamos dando el gran rega-  
lo con la descomposición del mapa internacional, no  
ya de Europa, sino del mundo.

Del tratado de Francfort escrito con la humilla-  
ción, la mutilación y la desorganización de Francia,  
fluyó una situación que aseguraba la hegemonía conti-  
nental de Alemania. Un momento se vió sola la ven-  
cedora, pero con las frentes dobladas de las naciones  
europeas en derredor suyo. Francia la doblaba, con  
la muerte en el alma, Rusia la doblaba con la sonrisa  
en los labios, Austria con la mano en el puño de la  
espada rota, saludo militar, Italia con efusión, no  
hay favor comparable con el que nos libra de la pesa-  
da carga de la gratitud ¿E Inglaterra? ¡oh! Inglate-  
rra no doblaba nada; se descubría galantemente ante  
la Francia vencida como lo hace uno con una señora  
anciana y marchita y pobre, con quien se han tenido  
relaciones íntimas en el período de hermosura y de  
riqueza, y al joven imperio alemán le dedicaba todos  
sus *shake hands* y los grandes y sonoros besos en las  
mejillas, con que las damas de por allá suelen salu-  
dar á los consuegros y á los yernos; vamos, era el  
amigo de casa, algo así como el novio oficial. Hubo  
un momento en que el supremo viejo verde que se  
llama el pueblo inglés, frunció el ceño, y no fué cuan-  
do Bismark insultó piácidamente desde la tribuna  
del *Reichstag* á Gladstone en particular y al gabinete  
liberal en general, sino cuando se adivinó primero y se  
supo luego que había una alianza entre los tres impe-  
rios: Rusia, Austria y Alemania; ¡oh! con Rusia,  
¡que horror! ¿con el elefante? Tembló de ira la ba-  
llena.

Alianza de razón, impuesta al Austria maniatada,  
por el afecto del Tsar hacia su tío el gran viejo Guil-  
lermo. Cuando las cosas empezaron á enfriarse por  
la interposición de Rusia entre el tremendo sable ale-  
mán y la cabeza todavía magullada y desnuda y febril  
de Francia que había vuelto á ponerse en pie y tra-  
taba de recoger el fusil tirado en Metz y Sedan á los  
pies del vencedor, el Canciller de fierro frunció á su  
vez el ceño; con el ceño frunció asistió á la guerra  
ruso-turca y con el ceño frunció arrancó á los rusos  
la presa de San Estéfano en el Congreso de Berlín y  
rompió con el viejo Gortschakoff una amistad anti-  
gua y firme como una complicidad; la primera  
*Dreybund* imperial no fué renovada. Buscóse enton-  
ces á un amigo pequeño, pero capaz de distraer y es-  
torbar á la Francia del desquite, y que por pequeño  
fuese forzosamente fiel, y naturalmente se en-  
contró á Italia: la nueva *Triple* fué concertada en  
83, sino recuerdo mal, y fueron los notarios Bismarck,  
Crispi y Andrassy ó Taaffe.

Alemania triunfaba indefinidamente, su prosperi-  
dad económica comenzaba á ascender, á ascender, y  
el mundo recibía los productos de su industria y de  
su fecundidad; se inundaba de alemanes y artefactos  
alemanes. La Alemania económica es una inmensa  
figura de bronce que se destaca en el crepúsculo ves-  
pertino de nuestro siglo; con ella, prendido á sus hom-  
bros, ha subido su manto negro: el socialismo. Fran-  
cia entretanto se volvía sabiamente una potencia colo-  
nial asiática y africana y Alemania aplaudía y la vie-  
ja Inglaterra se le adelantaba en todas partes y la  
idea de la *revancha* entraba resueltamente en el perí-  
odo puramente verbal y por fin (no haré la historia de  
esta transformación conocidísima) frente á la *Drey-  
bund* surgió la alianza franco-rusa. ¡Cosa singular! De  
entonces data el decrecimiento completo del senti-  
miento del desquite en Francia: «de eso, decía Gam-  
betta, no debemos hablar jamás: en eso debemos pen-  
sar siempre.» Al día siguiente de la visita de M.  
Faure á Petersburgo parecía que el desquite se ha-  
bía logrado ya; un sentimiento de seguridad inva-  
dió los ánimos, hubo su enardecimiento, los *naciona-  
listas* de Derouléde mostraron el puño á la cara de  
fierro de la Germania imperial y no hubo más, ni  
podía haber más: Rusia decía: si Alemania ataca yo  
te defiende, si tú atacas yo no te acompaño. Alema-  
nia se encogió de hombros y ante el puño cerrado de  
Derouléde decía bajo las dos puntas del bigote alzadas  
en ángulo recto sobre el labio imperial: yo no ataco,  
¿para qué he de atacar? «Efectivamente, pensaba el  
burgués de Francia, que es todavía el que manda allí  
(para eso hizo la *Revolución*) efectivamente, si no ata-  
camos nosotros, ellos no nos han de atacar; y como  
no hemos de atacar sin los rusos, contentémonos con  
llevar coronas á la estatua de Estrasburgo, plaza de  
la Concordia, y veamos si estas empresas coloniales  
en que nos metió ese maldito Julio Ferry resultan  
buenos negocios. Y por lo demás hay que seguir de-  
jando á los estudiantes, á los papeleros y á esos mu-  
chachos de cincuenta años que se apellidan *los naciona-  
listas* que se desgañiten y libren batallas épicas  
contra los agentes de policía; nosotros vamos al nego-  
cio, á l'*americaine done*.»

M. Paul Leroy Beau'ieu, un pontífice de la Econo-  
mía política para el uso de las personas sensatas, que  
ha demostrado que toda la civilización ha converjido  
en un solo fin: el mejoramiento de la clase obrera,  
sin pensar que ha soliviantado al mismo tiempo sus in-  
quietudes, sus aspiraciones y sus apetitos un millón  
de veces más allá de los medios que ha encontrado  
para satisfacer sus necesidades, M. Leroy Beau'ieu  
ha sido el apóstol de la política colonial, y el primero,  
el supremo éxito ha sido Tunez—el gran economista.

lo ha probado por A+B. Y como tiene razón, resulta que se ha despertado una especie de remordimiento en los corazones (hablo de la masa capaz de reflexionar) hacia el gran ultrajado, y ante la opinión el inicuo fallo moral pronunciado contra Ferry ha sido revisado y nulificado, y el acusado resulta lo que todos cuantos no estábamos cegados por pasiones absurdas veíamos dentro y fuera de Francia: un insigne servidor de su patria. Esto se ha comprendido bien al día siguiente de Fashoda, después que Francia, ante el veto altanero de Inglaterra, sintió que la reina del océano podía obstruirle de golpe todos los itinerarios coloniales. Entonces ya pudo hablarse sin ser lapidado de una *entente* posible con Alemania y aun de una posible acción común contra Inglaterra. Eso era precisamente lo que á Ferry se había reprochado, por ello se le había declarado un traidor, hoy se le considera un clarividente.

\* \*

Una revista francesa de primer orden publicó hace poco un artículo que planteaba el problema de las alianzas. En suma, dice, Francia debe mantener su alianza con Rusia, pero la unión cada vez más estrecha entre Inglaterra y los Estados Unidos obligan á buscar un tercer auxiliar; hay que escoger uno de dos, ó Inglaterra ó Alemania. Francia está en tal posición hoy que ambas admitirían una propuesta de alianza.

En mi parecer de diplomático de la prensa y con la vaga esperanza de que M. Delcassé lea estas crónicas de EL MUNDO ILUSTRADO que le han de interesar por todo extremo, la alianza con Inglaterra equivaldría al abandono de Rusia y á la guerra con Alemania; antes de un año de hecho el trato, Francia se batiría en la brecha de los Vosgos y las riberas del Vístula y del Niemen permanecerían silenciosas. Pero la alianza con Alemania es imposible . . . ¡Alsacia-Lorena! He aquí lo que va á simplificar la cuestión. Los franceses más exajeradamente patriotas, más *chauvins*, convienen en que hay que dejar á los habitantes del *Reichland* dueños de su suerte; que ellos decidan si quieren volver á ser franceses ó alemanes; son en su mayoría alemanes de raza, pero de espíritu son franceses y un plebiscito devolvería á Francia las poblaciones perdidas; esto es lo que dicen y afirman.

Pues bien, esto que era cierto hace diez años, apenas lo es hoy y dentro de veinte no lo será en absoluto. La semejanza de lengua y de costumbres ha acercado forzosamente á conquistados y conquistadores, la dificultad de vivir bien en Francia para los alsacianos emigrados ha crecido en proporción que han ido mejorando las condiciones de la vida en Alsacia, por consiguiente el sacrificio que el emigrante hace, ha subido de punto todos los días y sin compensación, porque en Francia comienza á ser visto de reojo ahora que han dado *los nacionalistas* en la flor de sembrar el odio contra los judíos y los protestantes ¡absurda é inverosímil reacción! Ahora bien, los alsacianos en su mayoría son ó protestantes ó judíos. Demás de esto la prosperidad de las provincias conquistadas, del país de Imperio que los alemanes dicen, es inmensa: la anexión las ha enriquecido. Estrasburgo, Mulhouse, son ya poblaciones industriales de primer orden en Europa y van hacia arriba incesantemente. Este es el hecho brutal; en suma, el interés de los alsacianos es evidente ya, permanecer unidos á Alemania; se comprende que el deseo de volver á la antigua patria es ya casi platónico. Y como coincide con el amortiguamiento del espíritu de *revancha* en la antigua patria, resulta que en veinte años el problema alsaciano se habrá resuelto solo.

\* \*

Las tentativas del Emperador Guillermo para acercarse á Francia han puesto á Inglaterra con la barba sobre el hombro y de un no disimulado mal humor á los rusos; porque efectivamente en Francia no han sido mal acogidas y si muy cortésmente comentadas. Y como el día que se familiarice el pueblo francés, menos el grupo *Déroutede* y de los caballeros del clavel blanco, con la necesidad de acoplar á Francia con Alemania, la alianza rusa, hecha sólo para dar garrote al wagón alemán el día que quiera pasar la frontera del Oeste, casi no tendría objeto. . . .

De aquí ha venido la necesidad del viaje de M. Delcassé á Petersburgo; era preciso dar un poco de miel al oso blanco. Concertar una acción contra Inglaterra, haciendo á un lado al imperio Austro-húngaro que está a punto de descomponerse; obligando á Italia, á pesar de sus simpatías hacia Inglaterra; convidando á Turquía, tutoreada hoy de Alemania y gobernada por un hombre sin sangre y de sangre, pero aborrecedor de los ingleses, sería un plan grandioso; Bélgica estaría bajo la mano de Francia, Holanda bajo la de Alemania, Dinamarca bajo las del Kaiser y del Tsar, y Suecia y Noruega serían movidas por este. Inglaterra segura de sus costas entablaría la lucha en las colonias y el principio del siglo XX vería renovarse el bloque continental que fué el gigantesco ensueño de Napoleón, el que lo subió al trono de Occidente y lo precipitó á la roca que le ató al pie Inglaterra en medio del Océano.

Mientras esta situación llega, (que difícilmente llegará, mas que en las conjeturas de nosotros los diplomáticos de la prensa que arrimamos y traemos las naciones y las retiramos al margen del mapa con la punta de la pluma.) lo que es claro es que ha llegado una descomposición de las alianzas, *c'est le renversement des Aliances* como dijeron los diplomáticos del pasado siglo en vísperas de la guerra de *Siete años* que tanto influjo tuvo sobre la suerte de Europa y América, como que de ella vino la independencia de los Estados Unidos, la final desorganización del régimen absolutista en Francia, de donde la Revolución y todo lo que á estos dos grandes hechos siguió.

Bueno es esto, dirán mis pacíficos lectores, este cronista afirma que el Siglo XX se abrirá con una guerra magna que abrasará el Mar del Norte y el Mar Amarillo á la vez! No, yo no creo en la guerra; resulta anti-económica, por más que M. Brunetière afirma que es moral; supongo además que ese será el caso en que la *Corte de Arbitramento* creada por la Conferencia de la Haya, podrá y deberá funcionar. ¿Cuándo si nó?

\* \*

Y entonces se repartirán los europeos el Asia, el Africa y la Oceanía . . . al mundo convertido en un pastel por Alláh, como los escogidos del Paraíso de Mahoma. Pero los americanos tendrán su parte: las Filipinas y las Sandwich. Las Filipinas; quién sabe? dicen los pesimistas en los Estados Unidos. Para probar que no somos egoístas, á pesar de que la guerra en Filipinas está enriqueciendo á Yucatán porque ha suprimido en los mercados la única fibra capaz de competir con el henequén, á pesar de eso, deseáramos que concluyese. Se reprocha á Mr. McKinley una gran falta de previsión y de información suficiente al decidir que los Estados Unidos se quedarían con el Archipiélago; no veo qué otra cosa podía hacer después de la toma de Manila. Pero dejemos esto á un lado. Lo hecho, hecho está. Y es inútil disimular que la situación actual fué inesperada para los imperialistas americanos y que habrían meditado mucho embarcarse en ella, á haber podido conocerla. El corto distrito conquistado hasta ahora, charco á charco y pantano á pantano, se les ha metido dentro á los soldados de Lawton y McArthur en forma de miasmas, de fiebres y de desesperación. Todos creíamos que á fuerza de dinero y aprovechando los odios contra los tagalos de un buen grupo de los habitantes mismos de Luzon, se armarían milicias indígenas para combatir á los de Aguinaldo; nada se ha hecho; no ha sido posible, sin duda.

Lo malo es que el honor está comprometido y que una retirada acabaría con el prestigio militar adquirido en la guerra con España. Si el partido demócrata subiese al poder con una plataforma anti-imperialista, tampoco podría abandonar la soberanía en Filipinas. Lo que se haría entonces ¿por qué no lo intentan los republicanos ahora? sería esto: el gobierno civil y administrativo á los tagalos, el dominio militar á los yankees. ¿Por que no hacen de Filipinas un Canadá insular los que aconsejaban conminatoriamente esa misma política á España? Porque no es lo mismo torear que ver los toros desde la barrera, dice un proloquio hispano-mejicano. En fin, si para hacer eso se aguarda la pacificación completa, veremos, esperaremos el invierno; lo mismo decíamos de España en las Antillas hace dos ó tres años.

Lo malo, según nuestro modo de ver las cosas, en esta inminente bancarrota militar de los Estados Unidos en Filipinas, es que allí está, á nuestro entender, la clave de la futura situación de Cuba. Y esto sí nos preocupa hondamente y nos atañe innegablemente. Fracaso en Filipinas, anexión segura de Cuba; tuen éxito definitivo allá, independencia posible acá. Y este sí es nuestro *desideratum* ardiente y reflexivo; que siga siendo solitaria la estrella. ¡Ay! lo dudamos; tememos, lo hemos dicho mucho antes de la guerra con España, haciéndonos eco de la opinión de muchos, tememos que no sea. Sería una barra negra fija en nuestro canal de salida al mundo europeo, con el cual necesitamos y deseamos estar en íntimo contacto, una Cuba negro-sajona. Esperamos con desaliento que á la avidez norte-americana se sobreponga cierto apego religioso á la justicia, que es propio de la raza entroncada con los "padres peregrinos." No nos atrevemos á hablar del interés. . . . porque nuestros argumentos serían débiles. ¿Pero no hay más que el interés? Mejor dicho, ¿no hay más intereses que los que pueden reducirse á finanza? Entonces ¿por qué al otro día de haber derogado el gobierno inglés los impuestos contra que se habían coaligado las colonias, y con la conciencia de su debilidad comparada con el formidable poder militar de Inglaterra, se insurgieron los Estados Unidos? Los Franklin, los Washington, los Jefferson, los Richard H. Lee, tuvieron delante de los ojos al declarar la independencia un *dollar* ó un ideal de libertad y de derecho?

Justo Sierra

## BELLAS Y FEAS.

¿Quiénes son más virtuosas y felices?

Si el Destino se encarata con la mujer y le preguntara como Mefistófeles á Fausto ¿qué apeteces? ¿quieres los privilegios, los derechos y prerrogativas políticas del hombre? ¿quieres su potencia intelectual y su energía moral? ¿el poder que lo hace árbitro de pueblos y conductor de razas? ¿sus millones de financiero? ¿su genio y su gloria de artista ó de capitán? la mujer como el escéptico doctor alemán, despreciaría el oro, el poder, el genio, la gloria y pediría, ni siquiera la juventud, sino tan sólo la belleza.

La belleza, diría al Destino, es cetro y es aureola, es poderío y es gloria, es riqueza y ventura. Quien es bella, es reina; quien es bella, es rica; quien es bella subyuga como los poderosos, conquista como los capitanes, embelesa y deleita como los artistas y son tales su poder y su grandeza, que la hermosura eleva á la mujer sobre la humanidad y la transforma casi en diosa.

Error y error profundo. La belleza es gloria, pero efímera; es poderío, pero transitorio; es grandeza, pero aparente; y bien aquilatada, pesada y medida, más hace á la mujer desgraciada que feliz, débil que fuerte, olvidada que adorada.

La misión suprema de la mujer sobre la tierra, es la familia. Ser madre, ser esposa, es su destino. Hacer brotar de su ser, como el rosal, tiernos y sonrosados botones que después serán flores opulentas y más tarde granos fecundos, tal es su misión, y sin que ella lo sienta ni lo confiese, si quiere ser bella, es que quiere darse la seguridad de llegar á ser esposa y madre.

Y bien, en este caso, como en tantos otros, el medio á que la mujer aspira para realizar mejor su destino, suele resultarle contraproducente, y hay mujeres que en fuerza de belleza, no llegan á ser ni madres ni esposas.

Consignemos desde luego los hechos y sentemos que el número de las feas que se casan, excede incomparablemente, en proporción, al número de las hermosas que logran encontrar marido. Claro es que no hablamos en cifras absolutas; es evidente que siendo considerablemente mayor que el número de mujeres desprovistas de belleza, el número de ellas que llega al tálamo tiene que ser superior al de las hermosas. No; hablamos de proporción, de tanto por ciento, y sostenemos que si de cada cien feas se casan ochenta, de cada cien hermosas apenas se casan veinte. No se necesita un cómputo estadístico á este respecto. Todos hemos hecho la misma observación y á todos nos consta, si bien no en números definidos, que las feas son más *casables* que las bellas.

Un refrán y una poética exclamación lo corroboran. El vulgo dice:

la fortuna de la fea  
la bonita la desea,

y un poeta bien conocido hizo exclamar á una bella:

¡ay, infeliz de la que nace hermosa!

¿Por qué esta anomalía? ¿Cómo es que la belleza, triunfante siempre en el mundo, difícilmente asalta y conquista un hogar? ¿Cómo es que las Juno, las Diana, las Venus, á cuyos pies arrastramos nuestros homenajes, en cuyos ojos aspiramos á mirarnos, cuyo aliento anhelamos beber, no entran de nuestro brazo, coronadas de azahares y envueltas en el blanco velo hasta la cámara nupcial?

Nada hay de anómalo ni de extravagante en este hecho. La belleza embriaga á la mujer, la impregna de altivez y de orgullo, la transforma de sumisa en dominadora, de humilde en altiva, de esclava en emperatriz. La mujer hermosa se cree con derecho á exigir todos los homenajes, á imponer todas las humillaciones, á reclamar todas las abdicaciones. El marido de la mujer hermosa sabe que no podrá ser amo en casa, jefe en su hogar, guía y conductor de su familia. Que la paz doméstica habrá de costarle el sacrificio de todos sus derechos y la enagenación de todas sus prerrogativas.

La mujer hermosa es cara y exigente. Casarse con una bella es un acto de lujo; sólo pueden pagárselo los millonarios. No es posible, decía Victor Hugo, negar el atavío á quien nos da la belleza. La mujer hermosa pide sedas, joyas, flores, tapices, mobiliario y decorado en que encuadrar su belleza. Difícilmente se resigna al modesto percal familiar y á la florecilla entreabierta prendida de los cabellos. Quiere en su calidad de reina, diademas, trono, cortesanos.

De aquí un segundo inconveniente. La mujer hermosa no sólo es cara sino que es también peligrosa. Nos casamos para tener una mujer cuyo único pensamiento seamos nosotros, que nos ame exclusivamente, que sólo de nosotros reciba agasajos, á cuyo oído sólo hablen nuestros labios, y la mujer hermosa vive rodeada de la admiración de todos, envuelta en el deseo de muchos, mareada por el amor de algunos. De ahí para el marido una perpetua desazón, un estado de vaga inquietud y de indefinida angustia, que no por no ser siempre justificado, deja de ser doloroso.



EL NUEVO TSARVITCH MIGUEL ALEXANDROWITCH.



EL TSARVITCH JORGE, MUERTO RECIENTEMENTE.

so. De ahí que, admiradas, galanteadas y lisonjeadas, las mujeres hermosas acaben por casarse sólo con su propia belleza.

No así las feas. Lejos de exigir culto y veneración prodigan dulzura y afabilidad. Sienten que les es necesaria una dosis inmensa de virtud, de mansedumbre, de docilidad y de benevolencia, para hacerse amar y preferir, y en general, derraman por donde quiera bondad y ternura.

Sabedoras de que no les basta *llegar y ver* para *vencer*, se proveen de todos los atractivos morales y se procuran todas las seducciones intelectuales para suplir la falta de encantos físicos. La hermosa se cree con derecho á ser ignorante y tonta, la fea se siente obligada á ser inteligente é instruida; la hermosa acepta nuestros homenajes como un deber nuestro, la fea los recibe como un favor. Aquella, siempre dengosa y altanera, acaba por hacérsenos insoportable; ésta, siempre afable y benévola, acaba por conquistarse toda nuestra simpatía.

Y luego, la fea se conforma fácilmente con la posición modesta, con el aislamiento del mundo, con la reclusión en el hogar. No vienen á distraerla de sus altos deberes de esposa y de madre, ni el incienso de la adulación ni el aplauso de los extraños, y vive contenta, resignada y feliz, al lado del esposo y cerca de la cuna de sus hijos.

La naturaleza, que parece inexorable y despiadada con las feas, ha sido en el fondo mirericordiosa con ellas, no les ha dado el talle esbelto, el contorno delicioso, la carne marmórea, la pupila de fuego, el perfil griego, ni los labios de púrpura; pero en cambio, les ha otorgado, á falta de la del cuerpo, la belleza del alma, la virtud, la inteligencia, la ternura y la consagración irrevocable á su esposo y á sus hijos.

DR. MANUEL FLORES.

### El Gran Duque Jorge y el nuevo heredero de la corona de Rusia.

La muerte del Gran Duque Jorge, acaecida en Abas-Touman el 10 de Julio último, hace ascender á la categoría de príncipe heredero al Gran Duque Miguel Alexandrovitch, hermano de Nicolás II y el cuarto de los cinco hijos de Alejandro III. Miguel Alexandrovitch fué proclamado mayor de edad en Mayo último y promovido al grado de ayudante de campo del Tsar.

El nuevo tsarvitch terminó el año pasado sus estudios en la Escuela de Artillería de Petersburgo, y como se dice de todos los príncipes, dió pruebas de su aptitud científica.

Al salir de la escuela se le nombró comandante de la 2.<sup>a</sup> Brigada de Artillería é inspector de los trabajos de fortificación en las provincias del Noroeste.

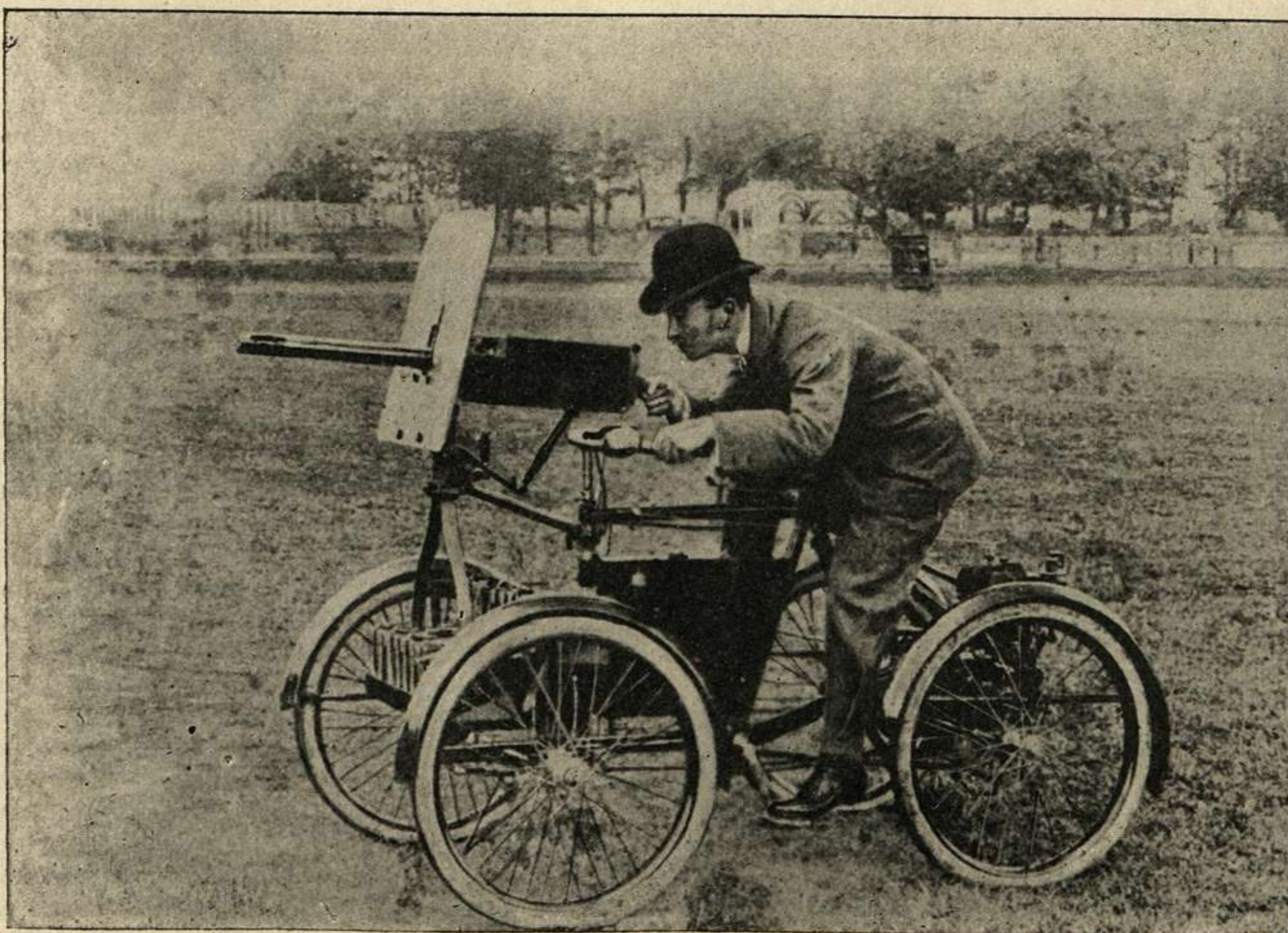
Es de carácter reflexivo y de espíritu observador; ha viajado mucho por Rusia, aplicándose al estudio de las condiciones económicas y de las costumbres del vasto imperio, cuya corona está destinado á llevar.

*El Mensajero Oficial* de San Petersburgo publicó el ukase imperial, proclamando al Gran Duque Miguel heredero del soberano, si no nace un hijo del matrimonio del Emperador Nicolás II.

### EL EXPLORADOR SIMMS.

En la exposición de Richmond, Inglaterra, se presentó recientemente un vehículo automóvil ametrallador inventado por Mr. Frederick Simms.

Este vehículo, llamado carro-explorador, tiene una fuerza motriz de un caballo y medio, con la que puede moverse en caso necesario á razón de diez y ocho millas por hora.



EL EXPLORADOR SIMMS EN EL MOMENTO DE LANZAR UN PROYECTIL.

En la parte anterior y superior hay un ligero cañón Maxim, dispuesto de tal manera que puede dispararse en cualquiera dirección y sea cual fuere la velocidad con que camine el vehículo, sobre el cual caben mil proyectiles.

Mr. Simms ha inventado también otro motor con dos cañones montados en sendas torres giratorias y con una poderosa lámpara eléctrica de proyección.

El «explorador» exhibido en Richmond dió admirables resultados en las diversas pruebas á que se le sometió, operando el mismo inventor en terrenos llanos y quebrados.

Según los periódicos ingleses, se cree que el invento de Mr. Simms será muy especialmente aplicable á la exploración en las campañas coloniales.

### LA DANZA DEL OSO.

La más recóndita entre las raíces de mi corazón es una profunda raíz de simpatía por *Maese Bruno*, el buen catador de colmenas.

Siempre sentí vivir en mí esta raicilla, en la parte inferior del corazón, más bien a la izquierda que á la derecha, mucho antes de comprender cómo de ella arrancaban mis sentimientos poéticos y mis ideas evolucionistas.

Se comprende que habiéndome dejado llevar tantos años de esta inclinación, me sea imposible oír todavía que danza un oso por la ciudad sin correr al punto á mezclarme en medio de la calle con los muchos filósofos y poetas que no estiman tal espectáculo indigno de abandonar por él casa, familia... en suma, las atenciones todas de la vida.

Esto es natural; no lo es tanto que mi destino, para alimentar mi simpatía y llevarme por ella á una iluminación interior de que hablaré en seguida, haya puesto en mis manos de cuando en cuando algunos libros de poetas en los que la bondadoso y potente figura del gran plantígrado se mostraba á mis ojos con su magaética y triste mirada.

Mostróseme primero en la amplitud épica y serena de Goethe, el oso verdadero, el simplicísimo *Blauin* burlado cruelmente por *Reineke el Zorro*, cuando destrozadas las orejas, el hocico y las uñas de sus garras en la hendidura de un tronco de árbol, acosado por villanos con pa'os, ciego por el dolor, corre loco, se arroja al río y todos se arrojan á pescarle.

Más tarde, enfrascado con delicia en la selva mágica de los cantos de Heine, hallé entre los abetos á *Atta Troll*, el oso romántico, y á *Franz Mulme*, su venerable esposa. *Atta Troll* me fascinó y me perturbó juntamente. En nada se parece á *Blauin*; es una bestia sobrenatural, una idea de poeta hecha oso; hay en él algo de humano. *Atta Troll* habla en verso, lo que prueba que no es del todo un ser racional, aunque pudiera llegar á serlo; en suma, este animal poético inspiróme una vaga sospecha de relación posible entre el hombre y el oso.

En los días mejores de mi juventud hice amistad con uno de los más exquisitos y delicados artistas de Francia, con *Merimée*, y él me presentó el oso místico (*Lochis*), el oso de pasiones supraosunas, que ambiciona confundirse con la especie humana. *Lochis* sorprende en la espesura de su selva á una condesa cazadora, á escape la arrebatada, y, menos bestia que *Atta Troll*, se guarda de hablarla en verso; la hermosa señora torna después á su castillo: no lleva un solo arañazo, pero ha perdido la razón, y da á luz un ser ambiguo, hermoso é inteligente, de instintos

sanguinarios, pero de la sangre más juvenil, más pura, más dulce. Se casa, y la noche de bodas, en un acceso de furor, destroza á mordiscos la carne de su fresca esposa.

La emperatriz Eugenia y sus damas no entendieron este relato enigmático cuando Merimée se lo leía; por mi parte me pareció siempre injusto con los osos; pero la idea de afinidad entre las dos especies labraba ocultamente en mi ánimo. Pocos años hace que me dí á estudiar los orígenes de las especies animales inferiores, y me convencí de que todas proceden poco á poco de un común origen y que el hombre mismo, el último en aparecer, es carne de su carne; persuadíme de nuestro parentesco con todas ellas, y hallé en el corazón humano vestigios de toda la bestialidad existente en la tierra, en las aguas y en el aire. Aun no había pensado en estudiar las afinidades morales del oso con el hombre, cuando conocí las obras de Ibsen. Ibsen, en sus originales dramas, es autor que me agrada, aunque no lo admiro; pero la obra suya preferida por mí es una novela en que revela el arte pedagógico de los domadores de osos, el método sorprendente de enseñar la danza á *Mae-se Bruno*. Se coge (dice Ibsen en su inspirada poesía) una caldera grande, se coloca boca abajo cubriendo un gran fuego; en seguida se hace subir al oso sobre ella y se le encadena tan corto que de ningún modo pueda bajar: al mismo tiempo se toca en el organillo una pieza cualquiera; cuando la pieza se concluye se repite una y otra vez, mientras la caldera se calienta; el oso, inquieto, levanta una pata, la baja, levanta otra, después la ter-

## MEXICO MODERNO.



CASA DEL SR. IGNACIO CAPETILLO.—CALLE DE ROSALES.



CASA DEL SR. GENERAL DON PEDRO RINCON GALLARDO.—CALLE DE LA PENITENCIARIA.

cera y al fin la cuarta; la caldera quema, el oso brinca y baila, y el organillo sigue tocando; cuando se hace bajar al oso de la caldera, su educación ha terminado y el organillo calla; durante toda su vida no oirá tocar una sola vez aquella pieza sin ponerse á bailar inmediatamente; sería inútil explicarle que tiene las patas sobre las piedras de la calle ó sobre la hierba, ó acaso sobre la nieve; mientras oiga aquella música el oso bailará siempre.

Esta poesía iluminó mi alma con maravillosa luz; ví la prueba inefable de una afinidad oculta entre el oso y el hombre, y descubrí el secreto de la conducta, de otro modo incomprensible, de muchas personas; sucede, en efecto, á mucha gente y de la más distinguida, que se turba y se agita al sonido de ciertas palabras indiferentes, sin que pueda comprender la razón. Si admitimos que existe en la humanidad una mezcla de oso, nos explicaremos que el recuerdo de algún disgusto, de algún odio, de algún dolor relacionado con esa palabra, el recuerdo, en fin, de alguna caldera candente, les obliga á bailar.

En una ocasión daba yo una conferencia en Nápoles sobre el origen del hombre, y sólo al oír nombrar á *Darwin* y al mono, algunos osos á quienes seguramente había atemorizado el nombre del darwinismo materialista, comenzaron á bailar en la sala. Repetí en Milán la misma conferencia, y sólo al oírme hablar de la Biblia y la Iglesia, otros osos, que tenían la memoria llena de tiranías antiguas, de autos de fe y excomuniones, bailaron también furiosamente. Los osos que bailan al nombre de la ciencia como los osos que bailan al nombre de la religión, son los más comunes y se hallan á cada paso; es locura pretender aquietarlos y pedirles que escuchen y razonen: se acuerdan de su caldera, y bailan.

Existe otra gran cantidad de osos que no pueden oír ciertos nombres sin ponerse á bailar, por el recuerdo de alguna antigua quemadura; conocí á un literato que habiéndose asustado en su juventud de no sé cual metáfora estrambótica de Victor Hugo, no quiso volver á leer ni una línea más del gran poeta, y si oía su nombre, bailaba. Otros muchos padecieron en los bancos del colegio con Horacio y Ovidio, y basta hablarles de estudios clásicos para que empiecen á bailar. Para terminar: á cuantos observen el espíritu humano les aconsejo que enciendan su luz en este fuego ofrecido por Ibsen, y con ella recorran el mundo. No vacilo en afirmar que la mayor parte de las opiniones y de los sentimientos humanos tienen más fundamento en la caldera que en la razón; injusto será el que culpe al hombre: la culpa es de la bestia.

ANTONIO FOGAZZARO.

## Las bodas de plata de Justo Sierra.

El domingo último y en su hermosa residencia de Tacubaya, nuestro gran poeta Don Justo Sierra y la Señora Doña Luz Mayora de Sierra celebraron, entre el cariño de sus hijos y de sus amigos, el vigésimo quinto aniversario de su matrimonio, esas bodas de plata que á tan pocos es dado celebrar en medio de la gloria y de la ventura.

Don Justo Sierra es bien amado por todos; su infinita bondad iguala á su enorme talento y por eso es que no obstante la altura de su pedestal literario, no tiene un solo enemigo. Pero en donde su afecto arraiga con mayor vehemencia es en la juventud, porque su espíritu es eternamente joven y su palabra eternamente sabia. Y Don Justo es maestro porque sólo él puede serlo hoy; todos, espontáneamente, le hemos confiado el estandarte de nuestros ideales artísticos, porque sólo en él reconocemos ampliamente á un poeta altísimo que es al propio tiempo un hombre justo é impecable. Pero él no intenta nunca imponerse: por el contrario es casi esquivo y es un hermético en sus afectos literarios. Por eso es que su magisterio no está fundado en los falsos entusiasmos del sectario; su ascendiente intelectual es sólido, duradero y conquistado en terreno firme y recto. Puede el poeta estar satisfecho de la universalidad de su simpatía que, puede decirse, ninguno había alcanzado antes que él en nuestras agrupaciones literarias.

Ese cariño y esa veneración por el maestro manifestáronse el domingo último de la manera más viva y con una fiesta encantadora de que ya dieron cuenta nuestros diarios y sobre la que insistimos hoy para ofrecer á los lectores de este Semanario los hermosos grupos de señoritas y caballeros que tomaron parte activa en la representación de la pieza con que fueron obsequiados los esposos Sierra.

\* \* \*

En un costado del improvisado y gracioso teatrillo, un gran *affiche* artístico debido al pincel de Leandro

Izaguirre, anunciaba los números del programa en la siguiente forma:

1874—1899.

—  
Agosto 6.

—  
LEVER DE RIDEAU.

—  
«NO ME ACUERDO.»

—  
ENSAYOS DE BAILE POR LA NENA BEATRIZ ZALDIVAR Y REDO.

—  
MONOLOGO POR CARLOS SOLÓRZANO.

—  
CAVATINA DE «FAUSTO» POR ROBERTO ROMERO.

—  
«MARINA,» DIRIGIDA POR CESAR R. DEL CASTILLO.

—  
«EL VITO,» BAILADO POR LOLO MAVERS.

Tan atractivo programa fué realizado en medio de las aclamaciones de la distinguida concurrencia, que premió con justas palmas á todos los miembros de la graciosa «compañía.»

En el sainete tomaron parte las Sritas. Concha Sierra, ruca ideal como una hada del Rhin, y Carmen Mariscal, muy artista, muy fogosa y que hizo una encantadora «fregatriz.» Acompañáronlas los Sres. Carlos Solórzano, Enrique Rodríguez Miramón, hijo, Federico Mariscal y Manuel Prieto.

La nena Beatriz Zaldívar encantó con la inimitable gracia de sus bailes y la infantil coquetería de sus actitudes, y arrancó entusiastas aplausos. De índole muy diversa que los bailes de la nena, fué el que ejecutó Loló Mävers, «El Vito,» un baile andaluz muy movido y lleno de fuego, que la chicuela sembró de

brío y de arte, mereciendo los honores de la repetición.

Carlos Solórzano con su monólogo, y Roberto Romero con su cavatina del «Fausto,» estuvieron también á buena altura y recibieron justas aclamaciones.

Pero el *clou* de la fiesta fué la «Marina,» una «Marina» que se ve pocas veces, magistralmente dirigida por César R. del Castillo, que probó una vez más que es un gran músico, y que de la pequeña orquesta puesta bajo su batuta supo obtener efectos maravillosos.

La protagonista de la obra fué cantada por la señora doña María Lebrija de Haller, cuya hermosa voz es muy conocida y ha encantado á casi todos los *dilettanti* de nuestra metrópoli; secundáronla muy bien el señor Ignacio Navarrete (*Jorge*) que arrancó buenos aplausos, y los señores Manuel Ituarte y Santiago Sierra y Mayora, un *Pascual* y un *Roque*, que encantaron á los concurrentes.

Chucha Sierra muy bella, muy ingeniosa y radiante de alegría y de juventud, hizo una *Teresa* deliciosa. Los coros rica y elegantemente vestidos cantaron con verdadero arte é hicieron mucho honor al maestro del Castillo.

*Coro de señoritas:* Elena, Margarita y Loló Mävers, Concha y Taisila Sierra, Laurita y Carmen Mariscal, María Solana, María Zayas, Lupe, Sofía y María Teresa Ramiro, Concha Querejazo, Amelia y María Rodríguez Miramón.

*Coro de Señores:* Leopoldo Llorente, Roberto Romero, Manuel Sierra, Enrique Rodríguez Miramón, hijo, Alonso y Federico Mariscal, Manuel Prieto, Antonio Ramiro, Leopoldo Zayas, Manuel Palacios Roji, Jesús Preciado y Santiago Sierra y Rodríguez.

Como en nuestros grabados podrá verse, fué un conjunto de muy hermosas y elegantes muchachas y de muy garridos garzones.

Don Julio Perier dirigió la escena con mucho saber y acierto.



EL SR. LIC. DON JUSTO SIERRA Y LA SRA SU ESPOSA CON EL GRUPO DE DAMAS Y SEÑORES QUE TOMARON PARTE EN LA REPRESENTACION DE LA «MARINA» EL DIA DE LA CELEBRACION DE LAS BODAS DE PLATA.

Después de la representación<sup>\*\*</sup>, la distinguida concurrencia pasó á los comedores, y en seguida, con su brío acostumbrado, la juventud se entregó al baile.

Entre los presentes, que por numerosos no nos es posible citar, hallábanse conocidas personalidades de la política, de la banca y de las letras. Al amanecer se retiró el brillante concurso, conser-

vando eternos y agradabilísimos recuerdos de la fiesta. El MUNDO ILUSTRADO envía sus más respetuosas felicitaciones al Sr. Lic. Don Justo Sierra y á su dignísima esposa.



SEÑORITAS QUE CANTARON LA «MARINA» EN LAS BODAS DE PLATA DEL SR. SIERRA.



BODAS DE PLATA DEL SR. SIERRA.—EL BRINDIS DE LA «MARINA.»

## NOVEDADES CIENTIFICAS.

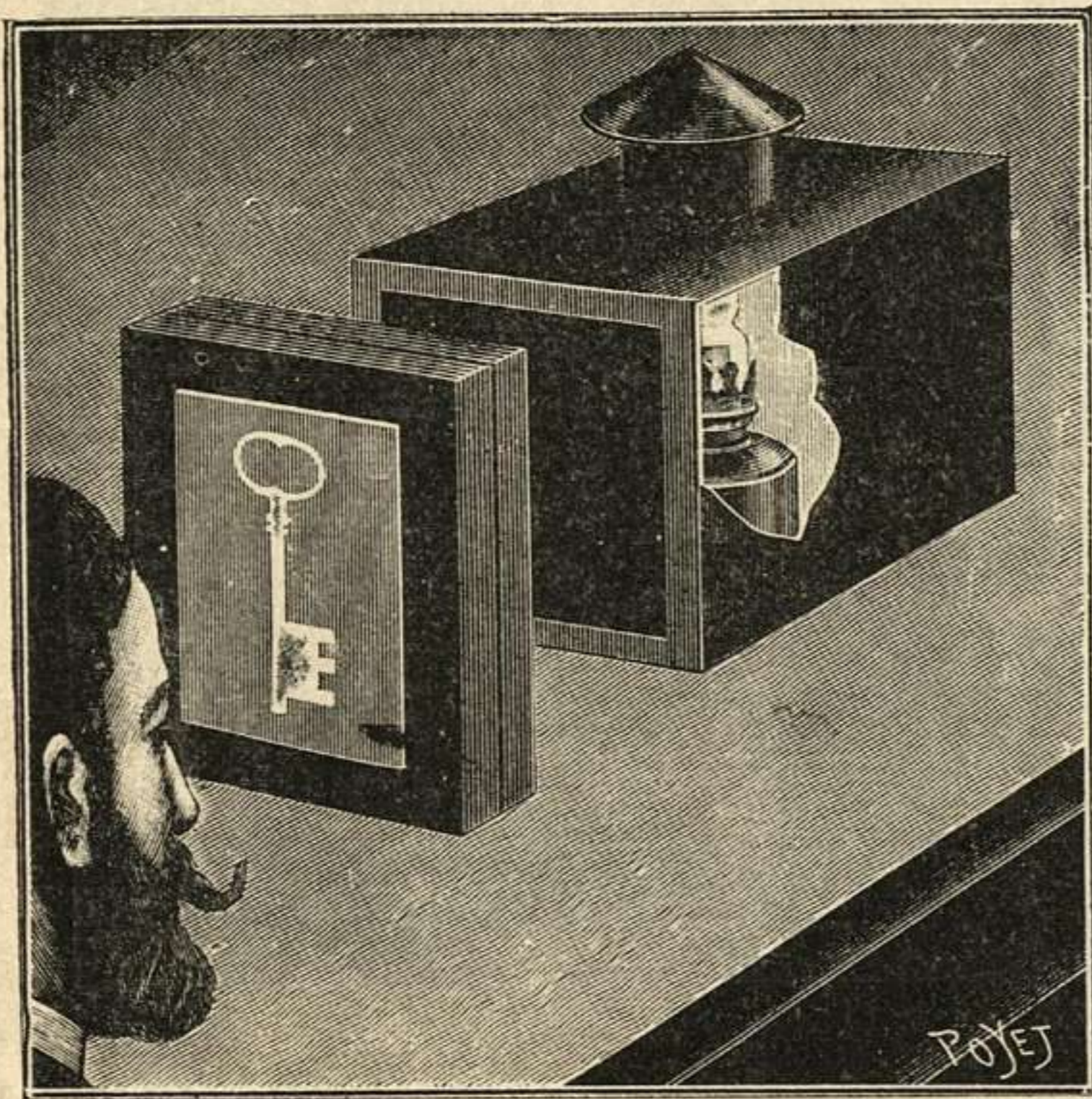
Los cuerpos opacos! He aquí una gran mentira de la ciencia. Aunque bien mirado, el culpable de la mentira no es la ciencia augusta, sino el hombre su sacerdote, el cual, como todos los sacerdotes de todos los dioses, atribuye á éstos sus propios errores y sus incurables debilidades.

En efecto, la ciencia es la obra colectiva del hombre á través de los tiempos y de las generaciones. Un principio científico es el resumen de muchas observaciones y de repetidos experimentos.

El origen de muchos de los artículos de fé de la ciencia, fué una observación absolutamente casual y por ende empírica; la observación se repitió por otros muchos hombres, se hicieron experimentos, se provocó el fenómeno para comprobar bien las causas, y por fin, como fruto de todo ese trabajo, se dedujo y estableció una ley que pasa á la posteridad con el carácter de verdad absoluta é indiscutible.

Pero en el origen de la mayor parte de los teoremas aceptados como axiomas científicos, hay un vicio innato que los hombres debíamos tener siempre presente; algo que viene á ser como el famoso pecado original de las leyes del saber.

Veamos por qué. Si los medios de percepción de que dispone el hombre fuesen perfectos, es claro que las observaciones y juicios hechos con aquéllos serían



Dispositivo para ver sin fotografiarlos, objetos al través de cuerpos opacos mediante la luz negra. La placa en que se proyecta la llave, es de sulfuro de zinc.

indiscutibles. Si el hombre pudiese ver, oír y tocar, todo lo que es visible, sonoro y palpable y tal como es en sí, sus apreciaciones serían verdaderas; pero nuestros órganos de percepción tienen lamentables debilidades: la menguada fuerza de que están dotados, apenas les permite darse cuenta de una serie de hechos muy reducida en la inconmensurable escala de los fenómenos naturales.

Por eso una de las más hermosas conquistas del saber humano, es la parodia en acción de la enorme frase del filósofo heleno: «Sólo sé que no sé nada.»

Ahora ya sabe el hombre que no sabía nada y que sus sentidos aplicados á la observación de la Naturaleza, tan sólo le servían para engañarlo miserablemente. Y porque sabe esta verdad tan interesante, refuerza su ojo con el telescopio, y con el microscopio, y con el espectroscopio para suplir sus deficiencias ópticas; con la fotografía y la electricidad para remediar las incapacidades químicas de la retina.

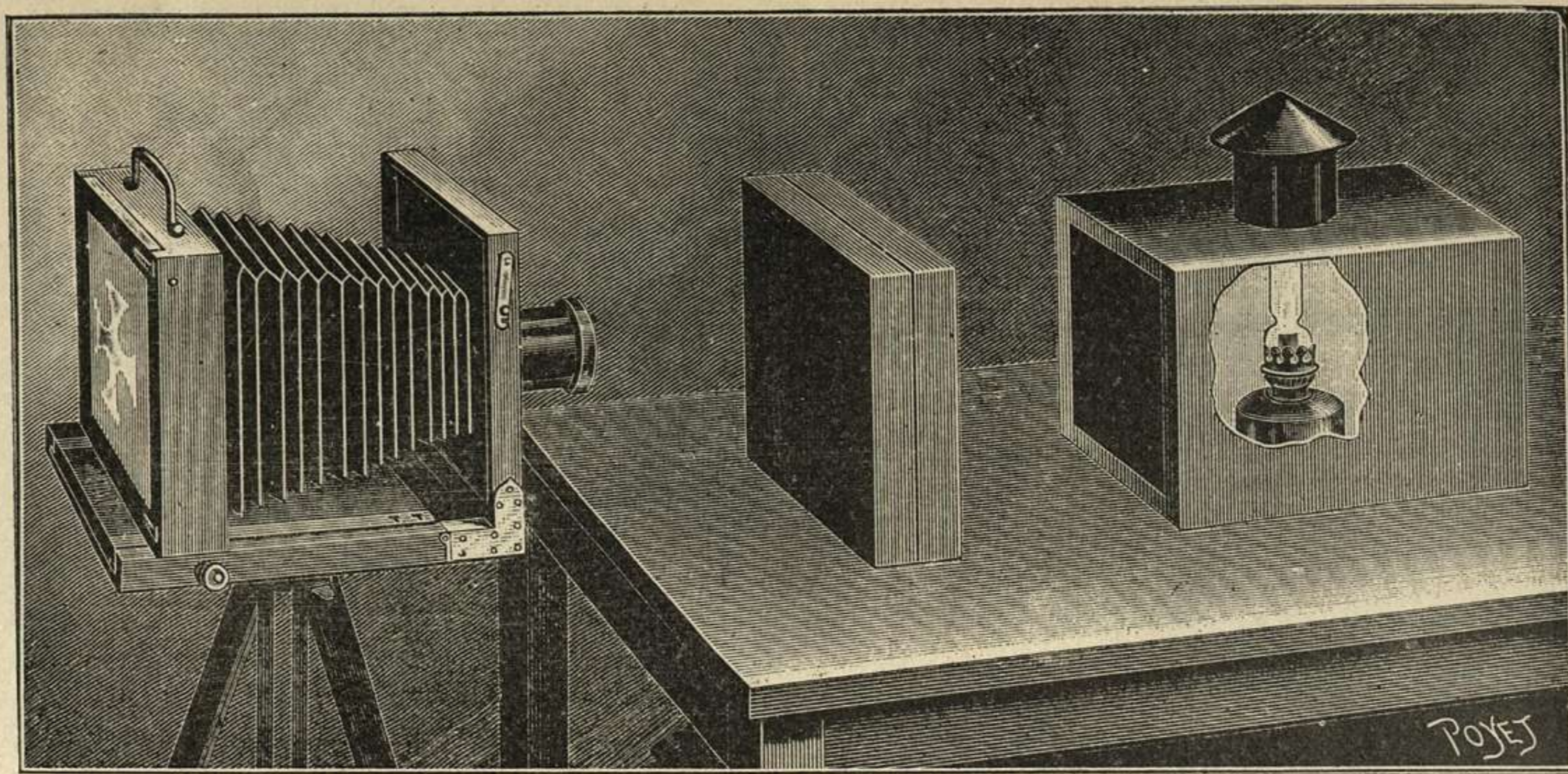
Esto por lo que toca únicamente al capítulo de la vista la cual siempre se nos había impuesto como el órgano que más completa noción nos daba de las cosas. De los demás órganos perceptivos, ya nadie tiene fe en ellos; hace tiempo están convictos de mendacidad incorregible.

Y de aquí las innumerables sorpresas de la nueva ciencia, permítaseme la frase, porque, en efecto, nueva es la ciencia desde sus fundamentos á medida que van siendo rectificadas los errores de percepción que hasta hace poco tiempo la informaban, sucediéndoles los descubrimientos más cercanos á la verdad que los nuevos elementos de observación realizan.

Por ejemplo, apenas hay muchacho de escuela que ignore la clásica división de los cuerpos en opacos, translúcidos y transparentes; cualquier catedrático de física puede hacer una brillante demostración de este canon científico hasta ayer inviolado. Pues bien, ese catedrático enseña un error y demuestra una mentira, sencillamente porque no hay cuerpos opacos ni translúcidos; todos son transparentes, así, como suena.

El Profesor Röntgen dió el grito de alarma y despertó las sospechas del mundo científico desde que evidenció la transparencia de varios cuerpos tenidos por modelos de opacidad y que sin embargo se dejan atravesar buena y fácilmente por los rayos X.

Y el fenómeno fué muy humano: cualquiera cree en la honorabilidad de una persona, y le prodiga consideraciones y le presta su fe; pero brota la sospecha y adiós honorabilidad.



Dispositivo empleado para hacer fotografías con la luz negra al través de cuerpos opacos. La lámpara de petróleo está encerrada en una caja de cartón negro; el objeto que se va á fotografiar, está contenido dentro de una caja de madera, piedra ó ebonita; la cámara fotográfica es como todas, teniendo únicamente una placa de sulfuro de zinc en vez de vidrio despulido. Para fijar la imagen obtenida se pone esta placa en contacto con otra común de bromuro de plata, la que se trata por los procedimientos usuales.

Por eso es malo vivir de prestado, y esto le pasó al principio susodicho de la opacidad de los cuerpos; vivía engañándonos y usurpando un respeto que no se merecía, hasta que hubo quien le alzara la careta.

Ahora, según pueden ver nuestros lectores en los grabados adjuntos, una humilde lámpara de petróleo es capaz de atravesar cuerpos tan aparentemente opacos como una llave de acero.

El Dr. Le Bon, sabio físico francés, púsose á estudiar lo que de pronto llamó la luz negra, pero que en realidad no es sino el mismo y único fenómeno conocido con el nombre de luz; muchos experimentos posteriores lo han demostrado así.

Mediante la fotografía y operando con placas de especial sensibilidad, el Dr. Le Bon ha podido comprobar dos hechos, á saber: que los cuerpos tienen la propiedad de absorber y conservar una cantidad de la luz que reflejaron, á la que llamó luz residual. De aquí parece deducirse otra interesante conclusión y es, que la luz constituye un cuerpo distinto y determinado, y no es solamente un fenómeno transitorio que se produce en los cuerpos, ó un estado de éstos, como se ha creído. Esto no está demostrado todavía.

El segundo hecho es que todos los cuerpos son transparentes y se dejan atravesar por cualquiera fuente luminosa, necesitándose tan sólo de la reunión de ciertas circunstancias ó de la sensibilidad superior de la placa fotográfica para advertirlo.

\* \*

Decididamente el sabio economista Malthus vió visiones cuando lanzó su terrorífica predicción anunciando que iban á sobrar hombres sobre la tierra. Nada de eso sucede hasta ahora, por el contrario, faltan hombres, y si no, que lo digan esos sutiles é ingeniosos inventores de aparatos como los que representan nuestros grabados.

El principio fundamental de esos aparatos, es la substitución del mecanismo animado que se llama hombre, por un mecanismo inerte que desempeña ciertas funciones del hombre.

Teniendo en cuenta que los anglo-sajones, primeros inventores de estos mecanismos, nada hacen por simple diversión, sino que todos sus actos tienen por

primer causa el utilitarismo, lo único que se puede creer es que para suplir la falta de hombres han discurrido los mecanismos que con más honradez que un hombre, se encargan de vender desde cigarros y periódicos hasta alimentos y timbres postales.

Existen cocineros, cantineros, papeleros, limpiabotas, floristas y músicos, todos automáticos, pero no ambulantes por desgracia. Cuando alguien quiere comprar un periódico, adornarse el ojal con una flor, beberse un bock de cerveza, oír un desdichado trozo de música ó enviar un recado por el correo urbano, se va adonde está uno de estos suple-hombres y le echa por la boca, ó su equivalente, una moneda, y queda servido.

Pero ¿es siempre moneda lo que recibe el hombre automático? He aquí el busilis. Según dicen los industrieros europeos dueños de estos aparatos, aun los de la rígida y exacta Inglaterra, al hacer la colecta ó sea al tomarles las cuentas á estos vendedores de metal y madera, resulta que se dejaron engañar como unos chinos por los compradores poco escrupulosos.

Como el pobre aparato no tiene nociones sobre las monedas de curso legal vigente, ni sobre las falsificaciones, resulta que sólo se atiende al peso de lo que recibe para entregar la mercancía.

Y por una moneda de buen peso y calidad, acepta nueve botones, discos de plomo, trozos de metal y hasta municiones pequeñas, y mil basuras pesadas que constituyen una pesada broma para el negociante.

Cierto que para el comprador serio, honrado y que va de prisa, es una gran ventaja tratar con un dependiente que no habla, ni se demora en servir; pero por un parroquiano de estos, ¡cuántos hay que se acercan al aparato con la deliberada intención de pegarle un timo!

En México por ejemplo, figurémonos un aparato automático expendedor de... café, puesto á la madrugada en cualquiera esquina y abandonado á su propia vigilancia. Es seguro que cuando el dueño fuera á recoger el producto de la venta, no solo no lo hallaría, sino que encontraría el aparato destruido. Resueltamente, faltan hombres.



Teléfono automático. Funciona durante cierto tiempo introduciendo una moneda en la abertura correspondiente.

## Nota Importante.

Concluida la edición de Los TRES MOSQUETEROS, preparamos la publicación de varias obras, superiores, si cabe, á la publicada.

En el próximo número daremos á conocer todas las reformas que desde luego vamos á introducir en este Semanario.



# ORBALEJA.

—NOVELA.—

## I

Era una llanura gris y escueta, sin árboles, sin linfas, barrida siempre por vientos furiosos pero que en el estío se cubría con un manto de oro, cuando el sol de Junio maduraba los trigales.

Unas cuantas casas, pobres cabañas, se alzaban en aquel desierto. Este humilde caserío se llamaba Orbaleja, y eran llanura y casas propiedad del señor Vulfrán, un caballero muy rico á quien allí nadie conocía, y que sólo se acordaba del pobre sembrado una vez al año, después de la siega, cuando Pascual el viejo mayordomo, rendía cuentas de la cosecha en extensa carta y pedía órdenes para la venta del grano.

Dominando los rústicos techos y algo avartado de la plebeya chusma como un gran señor, erguíase un antiguo caserón de dos pisos; era la casa principal. Sobre su fachada se veía labrado un escudo de armas y en su cúspide, como una enseña, una cruz de piedra abría sus brazos al cielo y al desierto; los muros ennegrecidos, las puertas herrumbrosas y los patios cubiertos de yerba, atestiguaban un largo abandono.

Una fría tarde de invierno un coche pequeño tirado por un caballo se detuvo frente á la solitaria casa, y los maravillados vecinos de Orbaleja vieron descender del vehículo á un caballero y á una joven.

estaban destruidas, y sólo resistían en aquel combate con el tiempo y el abandono los enormes armarios de roble y los siales de brazostallados.

—No esperaba, decía el viejo Pascual, la venida del señor, y como el amo hace mil años que no nos visita, no es extraño que la casa esté abandonada.

—Mi padre, contestó el caballero, haciendo un signo de inteligencia á su compañera que sonrió ruborizándose, ignora mi venida, y es inútil que tú, mi buen Pascual, le des aviso. Venimos de incógnito á vivir con ustedes, á labrar la tierra, á cazar, á pescar; Marta, esta dama, ordeñará las vacas y cultivará el huerto, yo . . . . .

—Me permito decir, interrumpió Pascual, que aquí no tenemos caza, ni ríos, ni huerto, ni vacas . . . . .

—¡No importa! exclamó el caballero riendo, nos pasaremos los días contemplando la llanura que también tiene sus encantos; veremos ponerse el sol allá tras de aquellas lejanísimas cumbres, y por las noches nos dará música el viento. En suma, seremos poco exigentes. Por ahora sólo necesitamos aquí mucha luz y mucho aire para que estas viejas paredes pierdan ese color de tumba. Haré venir un buen cocinero, tenemos por fortuna una estación de ferrocarril próxima, y tú Pascual, te encargará de traernos la moza más gua-

en esclavo del niño voluntarioso y mimado. A fuerza de ver á su padre erigido en soñar absoluto de cuanto le rodeaba, llegó á persuadirse de que llanura, casas y labriegos le pertenecían; y como para él la tierra no se extendía más allá de la lejana cadena de montañas que cerraba el valle, ni reconocía bajo el cielo otra autoridad que la complaciente y suavísima de su padre, convirtiéndose en tirano de aquel pequeño feudo. Habíase criado en la holganza; de niño echado á la sombra del único árbol que crecía frente á la casa paterna, de joven requebrando á las mozas, dignándose de vez en cuando empuñar el arado tras la perezosa yunta que abría el surco ó bien regresando de la siega en las tibias noches de Julio á la luz de las primeras estrellas, tendido so-



bre el carro rebotante de espigas que se balanceaba al compás de los tristes cantos de los segadores. Jamás Pascual le exigió el menor trabajo; aprendió á leer y algo á escribir por su propio impulso, y pasábase á veces los días como un fakir sentado sobre el suelo, absorto y mudo.

Cuando Julián vió llegar á aquel joven de barba negra, alto, esbelto, alegre, vestido como un príncipe y á aquella dama de ojos azules, blanca, gallarda, triunfal, sintió un aplamamiento, una conmoción inexplicables. ¿Conque él no era el amo? ¿El señor, el dueño, era aquel caballero á quien su padre, Pascual, llamaba respetuosamente don Jorge? ¿Conque la llanura, los trigales, todo era del intruso, del usurpador que no contento aún, poseía aquella hermosa mujer blanca como la leche, rubia como las espigas maduras, de ojos azules y profundos como el cielo y labios rojos como la sangre de las viñas? ¿Por qué aquella hembra no era suya? ¿Por qué él ¡miserable! no podía hundir sus labios en aquellas carnes albeantes? Y Julián sintió impulsos de rebelarse, de insultar al poseedor feliz de aquel tesoro. Vióse humillado como el caballo salvaje que siente por vez primera el látigo del domador.

Con la frente inclinada y el ceño contraído, escuchó á su padre que refería, no muy satisfecho, á los mozos de labranza, que aquel joven era el amo, el verdadero amo, el hijo del señor Vulfrán; que el tal joven había llegado como llovido del cielo, acompañado de la hermosa dama que parecía ser su . . . amiga; que le había prohibido dar aviso de su llegada al padre, y que él, Pascual, barruntaba en todo aquello cierto embrollo de fuga, de misterios y de enredo amoroso.

Julián bien sabía esto; había visto un brazo desnudo, blanco y pulido correr discretamente las cortinas de la alcoba . . . y había sorprendido miradas y besos furtivos, como sólo se mira, como sólo se besa el fruto prohibido!

## III

La primera noche que Jorge y Marta pasaron en el viejo caserón de Orbaleja, sintieron una alegría loca, casi infantil. Por fin estaban solos, libres como marido y mujer! Allí vivirían siempre juntos y felices olvidados de todos . . . ¡Qué hermosa era la vida! ¡qué pintoresco el valle! ¡qué alegre la casa, y qué buenos el mayordomo y su hijo!

Y Jorge oprimía sobre su pecho á Marta y la cubría de besos. No era su esposa pero ¡qué importaba! la conoció inocente, la amó y la unió á su destino. Él era rico, brillante, instruido; había tenido amores, aventuras y duelos; ella era una pobre muchacha hermosa y casta, conoció á Jorge y se entregó sin vacilaciones, le amó desde el primer momento, sintióse fascinada, vencida por aquella mirada noble, amorosa y leal; no le pidió que la hiciera su esposa, sino que la amase mucho y siempre.

Sólo hacía cuatro meses que se conocían. Al



Pascual, sombrero en mano, recibió á los viajeros y, sonriendo amablemente, abrió de golpe la puerta de entrada.

La pareja penetró á la casa enlazada del brazo, riendo con esa risa argentina y ruidosa de los veinte años, y precedidos de Pascual subieron la espaciosa escalera como colegiales escapados.

—No me negarás, decía el caballero dirigiéndose á su compañera y señalando la silenciosa morada y el campo mustio y escueto que se dominaba desde el alto corredor, que esto es un verdadero retiro, un nido de invierno, sin bosques, sin pájaros, sin fuentes, pero á miles de millares de leguas, del mundo habitado. Estamos en Marte, en el supuesto de que Marte sea un pobre páramo.

La joven alborozada recorría la casa en pos de Pascual. Resistíanse y gemían puertas y ventanas al abrirse, y el sol inundaba los aposentos descoloridos y húmedos y los antiguos muebles deslustrados y cubiertos de polvo.

La casa era extensa, severa y fría como un convento, sucedíanse las habitaciones en serie interminable; decoraban sus paredes retratos de antaño y lienzos borrosos representando escenas campestres y martirios de santos, las alfombras

pa, más despejada y más limpia de Orbaleja para compañía de esta señora.

## II

Pascual era un viejo de sesenta años, de bigote cano y espeso, recortado militarmente, alto, fuerte y seco. Hacía treinta años que vivía en aquel retiro encargado por el señor Vulfrán de la administración de la finca que producía poco en verdad, pero lo bastante para que el mayordomo viera de año en año alzarse y crecer una reluciente montaña de duros, allá en el fondo misterioso de un arcón antiguo. Había sido soldado y ostentaba una honrosa cicatriz en el carrillo izquierdo, recuerdo del sable de un dragón francés. Era viudo y tenía un hijo, un mozo de veintiseis años, raquítico y pálido.

Julián se llamaba el mozo; pobre muchacho enfermizo á quien Pascual adoraba. Era Julián alto, moreno, delgado como una caña, ojos negros, labios gruesos sin asomo de barba, el cabello crespo y abundante y la nariz abultada y sensual. Había nacido en aquel desierto que era su imperio; allí mandaba despóticamente, y hasta la voluntad de hierro del señor Pascual, cejaba y doblábase ante la suya, convirtiéndose el vie-

principio viéronle sólo de noche, después Jorge olvidó un poco los negocios de su casa, el club, los caballos y los amigos, y pasábase las horas al lado de su amada. Por fin fuéronle insostenibles los momentos sin verla; entonces se acordó de que el señor Vulfrán poseía allá, en apartadísima comarca, unas fanegas de tierra de labor, y en ellas una casa vetusta herencia de su abuelo. Allí se irían como una pareja de palomas en busca de la soledad; estarían siempre juntos, pasearían del brazo bajo los rayos del sol y no temerían miradas extrañas.

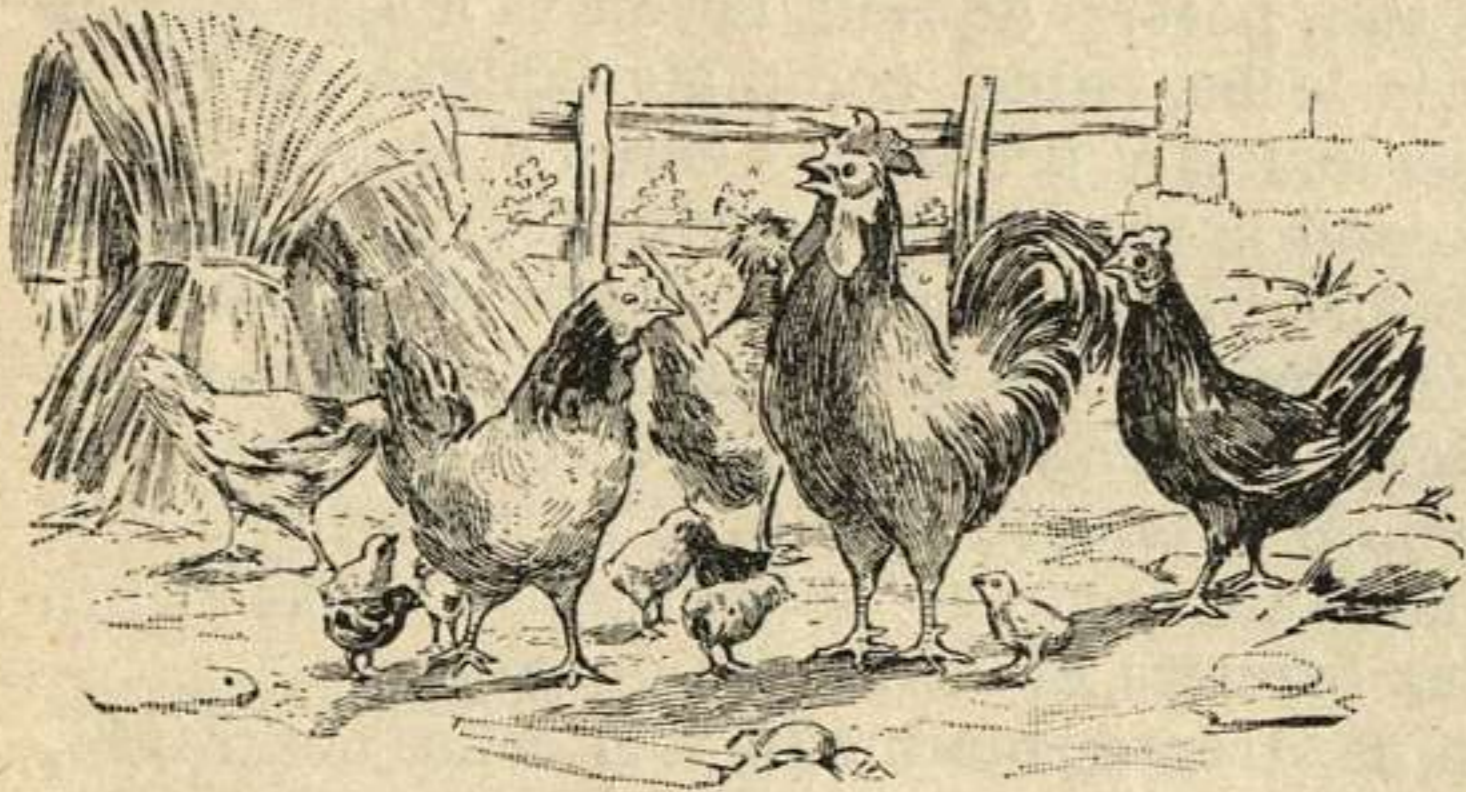
Marta acogió el proyecto con entusiasmo; le parecía una rehabilitación. Ella, que en medio de su dicha no podía olvidar que aquel hombre no era su marido, que la visitaba furtivamente, que en público aparentaba no conocerla, vivir á su lado, merecer el respeto de las sencillas gentes del campo. . . . ¡qué felicidad!

Jorge improvisó un viaje. El señor Vulfrán sonrió con indulgencia, y sólo dijo á su hijo al despedirle frente á la gran mesa de su despacho: Lleva, hijo mío, fondos sobrados, dame noticias tuyas; diviértete mucho y fastídiate pronto; tienes ya treinta años, aprovecha el tiempo.

Y así fué como Jorge y Marta llegaron de improviso, causando el asombro de los orbalejanos.

## IV

La antigua casa de Orbaleja habíase remozado al cabo de ocho días. Jaulas con canarios y tiestos con flores alegraban los rostros marchitos de damas, caballeros y mártires allí colgados en marcos ennegrecidos; los muebles relucientes y limpios ostentaban al sol sus mustios tapices; la cama monumental albeaba bajo sus vaporosas colgaduras, y en los corrales, desembarazados de yerba, mugía una hermosa vaca y alborotaba una tropa de gallinas precedida triunfalmente por un soberbio gallo de encendida cresta.



¡Y el autor de tales maravillas era, en parte, el hurafío Julián! Los deseos de Marta eran adivinados por él, y cabalgando en el caballejo de su padre, sacudiendo su pereza ingénita, sacó, no sabíase de dónde, jaulas y tiestos floridos. Había llegado á ser el inseparable de Jorge y Marta. Adusto y frío para el primero, soportaba en cambio las exigencias y caprichos de la joven.

Sólo que Marta recibía siempre con frialdad los servicios y atenciones de Julián; inspirábale aversión su figura desmañada y torpe, parecíale necio y cobarde; ridiculizaba su gesto doloroso de enfermo y burlábase de su completa ignorancia.

Jorge intentó suavizar aquellas asperezas, compadecido del pobre mozo por quien sentía esa simpatía bondadosa de las almas felices; pero Julián, que aceptaba las impertinencias agresivas de la hembra, rechazaba en silencio, herido vivamente, la piedad del hombre.

## V

Habían transcurrido dos meses desde la llegada de Jorge y el joven comenzaba á notar con inquietud, que Marta, menos alegre que los primeros días, tenía momentos de pasajero mal humor. Una noche resolvióse á interrogarla.

—Vamos, querida, confiesa que comienza á fastidiarte un poco nuestra Orbaleja.

Marta sobresaltóse.

—Te engañas, replicó con viveza, mi único temor es que tú no soportes este género de vida, que nuestra felicidad tenga fin. . . .

—No, tontica, contigo viviría yo en el último



rincón del mundo. No te ocultaré que algo me inquieta el natural cuidado de mi padre por mi ausencia; pero, si tú lo apruebas, todo se puede conciliar. Te pido sólo ocho días y volveré para no separarme de tí. Mira, tengo grandes proyectos sobre Orbaleja, que necesito consultar con el señor Vulfrán. Deseo convertir esta finca miserable, improductiva casi, en una gran explotación agrícola. He estudiado el caso. Entonces ya tendrá un objeto aceptable mi permanencia aquí á tu lado. Traeré ingenieros, un administrador inteligente en lugar de ese solapado de Pascual, haré construir una hermosa casa moderna, un verdadero *chalet*, y la vida, el movimiento, la lucha, sucederán á esta inacción estúpida. Verás cómo al contacto de una varilla mágica, transformo este desierto árido y triste, refugio de las divinidades campesinas, en cultivada campiña cubierta de árboles frutales, cruzada por rieles. Verás cómo empañó ese azul sereno del cielo con el humo de las fábricas, y cómo despierto el eco dormido de estas soledades con el silbido de las locomotoras. No; ¡no te rías! El gran mago que efectuará este milagro, ayudado se entiende por el dinero del señor Vulfrán, será un río que corre no lejos de aquí, á unos cincuenta kilómetros, y que yo haré venir, obediente como un esclavo, á desposarse con las tierras vírgenes de Orbaleja.

Marta escuchó con interés los proyectos de Jorge.

—El único punto negro para mí, replicó, es esa ausencia de ocho días. ¿Qué quieres que haga yo aquí, sola con ese estúpido de Julián? Por lo demás, comprendo que es necesaria tu partida para ese proyecto. Me resigno, pues; pero, ¡por Dios! sólo ocho días te concedo.

\*\*\*

Al día siguiente Jorge hacía enganchar el pequeño coche, y después de besar ardientemente á Marta, que se abrazaba llorando á su cuello, partió rumbo á la estación próxima del ferrocarril.



Desde el balcón Marta le siguió con los ojos empañados por las lágrimas, hasta perderse el coche entre el blanco polvo de la carretera. Sintió entonces que los sollozos la ahogaban; parecióle que allí quedaba sola, abandonada, á merced de enemigos invisibles; quiso gritar, llamarle y exclamó:

—¡Jorge!

—Señorita Marta, pronunció una voz á su espalda.

—Marta se volvió sorprendida.

Julián, de pie, inclinado con la humildad de un can, estaba allí.

## VI

Sólo Pascual detestaba á Marta; llamábala con malicia *la señora*. Y era que á su perspicacia de palurdo no se ocultaba que Julián, su hijo, estaba enamorado de la joven, y que ésta sólo tenía para el pobre mozo desprecio y burlas. Al principio intentó contrariar á Julián cuando éste recorría á caballo los lugares vecinos en busca de un pájaro y de un ramo de flores, pero bien pronto comprendió que su empeño era inútil; el niño mimado se revolvía con toda la energía de su voluntad jamás contrariada. Poco le importaba que su ídolo le pagara en desdenes, bastábale que aceptase la ofrenda, que acariciase con sus dedos pulidos como el marfil la cabecita de oro del canario ó acercase á sus labios el manojito de claveles llevados por él amorosamente sobre su corazón.

Julián se levantaba en las noches calenturientas, y llegaba recatándose, sintiendo que el corazón le golpeaba el pecho frente al balcón de la alcoba de Marta. Allí, con los ojos fijos, con las manos cruzadas como ante un altar, indiferente á todo, abstraído, pasaba las horas nocturnas en éxtasis, inmóvil, soñando con aquel cielo lejano, con aquella aparición que surgía en las tinieblas de su vida de enfermo como una aurora. Recordaba entonces aquellos sueños sobre el carro enchido de espigas en los tibios crepúsculos de Julio, y parecíale que desde entonces conocía á aquella mujer; la había visto flotar blanca, indecisa, vaporosa, coronada de estrellas, desnuda y rubil. . . . le sonreía y tendíale los brazos. . . . Sentíase transformado. Ya no era el pobre Julián desmañado y torpe, sino el príncipe azul rubio y hermoso, lleno de ingenio, valiente y amado. . . . y la diosa bajaba de la nube y besaba sus labios, mientras él, á la luz de las constelaciones, entre claridades arcanas, le dirigía los madrigales más tiernos como plegarias blancas. Otras veces sentíase invadido por un miedo loco, inaudito, como si ráfagas de hielo cruzaran su espalda, se imaginaba que Jorge, el amo, sospecharía su amor, su deseo, que iba á sorprenderle allí midiendo con los ojos la altura de las rejas como un ladrón. Y no, él no se sentía capaz de arrostrar la mirada iracunda de Jorge, había nacido siervo y caería inerme bajo el golpe implacable del caballero. Era cobarde; sentía las punzadas ardientes del deseo, de un deseo salvaje, imperioso, mortal, pero á la vez temblaban sus carnes bajo la mano ruda y fuerte alzada para el castigo.

Raquítico y débil, tímido como una mujer rechazaba en su mente con indignación los mimos de su padre; casi inspirábale odio el viejo soldado de manos encallecidas y testa plebeya. Decíase que él, Pascual, tenía la culpa de su pequeñez, de su fealdad y de su cobardía; había nacido oruga, sólo que antes de la llegada de Jorge, sin punto de comparación, vivió engañado piadosamente por las lisonjas paternas.

Y aquel temperamento sensual y enfermizo, vibraba conmovido al choque formidable de los anhelos incipientes y voraces, martillando en su debilidad y en su miseria.

Cuando Julián regresaba á su cuarto en la obscuridad, procurando no despertar á su padre, y se echaba sobre el lecho, febril y extenuado, sentía la sensación voluptuosa de quien escapa de un gran riesgo, le parecía que había acudido á una peligrosa cita de amor y que Marta quedaba llorando en poder de su tirano, llorando por él. Y esperaba con ansia el nuevo día para verla, para oír su voz, para sufrir sus burlas, no tan amargas, no tan dolorosas para el infeliz mozo, como el gesto compasivo de Jorge, el soberbio macho atlético y hermoso.

## VII

Una tarde Marta hallábase sola, sentada á la vera del camino, esperando descubrir el coche de Jorge. La alta cerca que bordeaba la carre-

tera la ocultaba de un grupo de trabajadores, en cuyo centro el capataz, Pascual, refería algo que, al parecer, divertía grandemente á sus oyentes, y Marta escuchó. Alusiones picautes y agudezas torpes salpicaban su nombre entre risas brutales de palurdos.

De improviso apareció Julián. Estaba trémulo, temblábanle los labios y le fulguraban los negros ojos.

—¡Padre! gritó, cálese por su vida, que si no fuera usted quien es. . . .

Y aquel raquíto erguíase colérico, casi hermoso, chispeante la mirada y crispados los puños.

Pascual se alarmó, creyó por un momento que su hijo iba á lanzarsele.

—¡Bien! será como tú dices. Pero serénate; puede hacerte mal esto. En verdad, la señora. . . digo, Marta, es muy buena. Era una broma todo. . . .

Marta se levantó y alejóse, temiendo ser descubierta. Sentía impulsos de llorar, de marcharse muy lejos. Después de todo, aquella gente tenía razón. . . . ¡Quién era ella! ¡la querida del amor! ¡una mujer sin nombre, una. . . señora de esas. . . como decía Pascual! ¿Por qué había abandonado su humilde lecho de virgen, blanco y burdo? ¡Ya no volverían las alegres mañanas en que se lanzaba por la angosta escalera del tercer piso entre las aclamaciones de los habitantes de aquella casa de vecindad que la adoraban, para llegar al taller ruidoso siempre! ¡Con qué afán era esperado el domingo, la fiesta, con su sol radioso! ¡Pobres vestidos de percal, ahora desdeñados por la seda crujiente! Nadie la llamaba entonces la señora; era Marta, la virgen, la hermosa, la mimada. . . .

Y la infeliz estalló en sollozos amargos. . . . De pronto se acordó de Julián y sintióse invadida por gratitud profunda, tierna casi. . . .

Y después de todo, ¿no habría sido mejor, más honrado, más noble, ser la esposa de aquel muchacho pobre y humilde que la idolatraba, y no la querida de un libertino rico y apuesto? Julián, aquel resignado que ella flajelaba sin misericordia con sus burlas, la adoraría, la respetaría, sentiríase orgulloso de llevarla sobre sus hombros como un esclavo y ella no bajaría la frente enrojecida.

## VIII

Al día siguiente regresó Jorge.

Cuando Marta corría á su encuentro, dispuesta á estrecharle en sus brazos, Jorge, que bajaba del coche, la detuvo con una mirada.

No venía solo, acompañábale un joven rubio, simpático, de pequeña estatura, de ojos claros y vivos y fino bigote retorcido. Vestía polainas de cuero inglés, sombrero de paja de anchas alas, pantalón obscuro ceñido á la pierna y camisa floja de seda.



—Te presento, dijo Jorge dirigiéndose á Marta, á mi antiguo amigo y condiscípulo el ingeniero León Ricoy.

Marta se inclinó turbada sin acertar á responder casi. Sintió la mirada de Ricoy clavarse en

ella con impertinente fijeza, examinarla, abarcarla, medirla, adivinarla con ese golpe de vista rápido y seguro de los *inteligentes*. Creyó por un momento, que la iba á palpar como se acaricia el cuello fino y nervioso de un caballo de raza, y una oleada de sangre le invadió el rostro. Sintióse enrojecer, temblar; buscó en su auxilio los ojos de Jorge. . . . y vió á éste sonriendo, satisfecho, aprobando, orgulloso de la admiración torpe que provocaba su querida. . . . Pero detrás, apartado del grupo, otro hombre, pálido de furor impotente, azotaba con la mirada al impertinente; temblábanle los descoloridos labios y oprimíase las manos prontas á alzarse. Era Julián.

¡Oh! si él estuviera en lugar de Jorge, ¿cómo sabría castigar aquel ultraje! Ahora comprendía con toda claridad su odioso puesto de *amiga* del señor. Era la *cosa* que mostraba su dueño á la curiosidad pública, que se examina y analiza entre picantes comentarios al aire libre, entre risas y equívocos.

Marta huyó casi, sintiendo que algo se desplomaba en ruinas allá en el fondo de su pecho. . . . ¡Y la imagen de Julián embellecida volvió á surgir noble y triunfante! . . .

—¡Hola! —exclamó el ingeniero cuando Marta desapareció.—¿En qué mares se pescan estas perlas?

## IX

Pasaron varios días, Jorge seguía entusiasmado con su idea de empresa agrícola. Había encontrado en Ricoy un auxiliar inteligente y activo; antiguo camarada de colegio, aprovechado ingeniero y buen amigo, no vaciló en aceptar las proposiciones de Jorge.

León Ricoy era un espíritu cultivado, observador y profundo; pero demasiado vehemente. Habíanle bastado tres semanas de permanencia en Orbaleja, para medir y aquilatar con su rudeza ingénita, á sus principales moradores.

Jorge era el de siempre, leal, confiado, generoso, un poco pagado de sí mismo á fuerza de oír el coro de lisonjas en su torno alzado (su padre era millonario y él hijo único). Marta, una hermosísima muchacha, algo avergonzada de su posición, con ráfagas de arreptimiento, impresionable y dulce. En cuanto á Pascual y su hijo, eran para Ricoy dos seres completamente antipáticos.

Un día, durante la comida, Jorge habló de su empresa con bastante calor.

—Es un crimen, decía, permitir que las menegadas corrientes de nuestros ríos se pierdan, mientras la tierra improductiva abrázase por falta de riego. ¡Y así nos lamentamos del atraso, de la pobreza y de la debilidad física de nuestro pueblo rural, que se conforma con espiar desde la puerta de cañas de su albergue el paso de la nube que refresca el mustio sembrado! Pues bien: yo traeré el agua por canales, esa agua que hoy se desperdicia y que es un tesoro que nadie aprovecha. Después haré venir máquinas y herramientas modernas de agricultura y nuestros labriegos sentados cómodamente bajo quitasoles, guiando la pareja de caballos, no volverán á hollar la tierra calcinada empuñando la mancera del tosco arado primitivo. Entonces tendremos campesinos fuertes, bien nutridos, inteligentes y limpios, y el periódico y el cepillo de dientes harán su aparición milagrosa en la cabaña!

—¡Bravo! —exclamó Ricoy—Ya me figuro tu campo modelo surcado por discos de acero y veo tus colonos, pulcros y perfumados, con las manos blancas y tersas, discutiendo en cultas y bien parladas razones sobre malvaceas y gramíneas.

—Búrlate si quieres, repuso Jorge jovial, mas no descorbí de contemplar tu pasmo cuando

veas el prodigio. Un dique en el río y un canal que provea de riego estos campos es todo lo que necesito.

—Hablando en serio—dijo el ingeniero—te diré que apruebo tus proyectos, pero desde distinto punto de vista. Construye diques en buena hora, emprende en cultivos nuevos y emplea útiles modernos, mas no pienses por tu vida en redimir cautivos, sino sólo en tu provecho; en repletar tu caja sin cuidarte de la regeneración del labriego. ¡El labriego! ¡valiente animal! Para tal empresa se necesitarían santos y conquistadores; un milagro ó el exterminio. ¿Lo dudas? Pues me parece que el muy honorable mayordomo y su hijo, siendo dos ejemplares preciosos. Pascual, un viejo rapaz, que ha hecho su agosto abusando de la confianza del señor Vulfrán y que sería feliz, te lo juro, si mañana pudiera asistir á tu entierro. ¡Te digo que me inspiran más desconfianza los ojillos grises de ese hombre, agazapados bajo el matorral hirsuto de las cejas, que un fasil asestado en una encrucijada. . . .! ¿Y su hijo? ¡Vaya una alhaja! perezoso, hipócrita y cobarde, no tiene siquiera las cualidades de su raza: el valor, la fuerza y la sobriedad. He observado que cuando tú le diriges la palabra, se encoje y amilana como un perro á quien se amaga con un látigo; más que un enfermo es un loco algo extraño, un despechado, ¡qué sé yo! á quien recetaría duchas de agua fría y siete horas diarias de trabajo rudo bajo el sol. En esa cabeza mal conformada no pueden albergarse pensamientos sanos. Estoy seguro.

—Eres implacable—contestó Jorge.—En un pobre viejo que se ha batido en sus mucedades valientemente por su patria, y que por su ignorancia y falta de moral abusa después un poco de su empleo, y en un pobre muchacho enfermo, te empeñas en descubrir un par de monstruos abominables. ¡Querido León; eres el de siempre! Recuerdo tus odios de escuela. Pero basta: hablemos de trazos y niveles.

## X

La verdad, era que Jorge que al principio sólo buscó un pretexto en su idea para vivir al lado de Marta, había acabado por apasionarse de todas veras de la empresa, á lo que contribuyó no poco el señor Vulfrán, que de esta manera contrarrestaba, abriendo un nuevo campo á la actividad de su hijo, aquella pasión que comenzaba á inquietarle. Le daba en Orbaleja una rival á Marta, rival que vencería. Además, el señor Vulfrán conocía bien á Jorge; sabía que en medio de su frivolidad era inteligente, calculador y tenaz, y que el dinero en sus manos no correría infructuosamente.

En quien encontró el proyecto un enemigo decidido, ciego y tenaz fué en Pascual. Comprendió el viejo mayordomo que los tiempos felices en que la venta del trigo pagaba al arcón de roble considerable tributo, habían pasado, y agotaba todo su ingenio en probar que los arados de acero montados sobre ruedas, los motores de vapor, las balas de algodón y otras patrañas que traía en la cabeza el señor Jorge, no valían lo que un saco de trigo sembrado por un par de bueyes.

Sobre el ingeniero muy especialmente fulminaban los rayos de su cólera, aquel caballero que tenía la pretensión de resolver todo por números y signos.

Un suceso vino á dar al traste con la escasa cordura de Pascual y á acrecentar sus odios.

Cierta mañana en que el viejo capataz predicaba en grupo de trabajadores contra las teorías descabelladas del amo, que acabarían por arruinar á todos, presentóse de improviso el ingeniero y dirigiéndose á Pascual:

—Usted obra mal, señor mío, dijo, provocando el descontento y la desconfianza entre esta gente. Yo bien sé que usted trabaja por su propia cuenta, puesto que le será más difícil tragar sacos de algodón que de trigo; pero, amigo mío, hay que tener paciencia, al fin se agota la ubre. Creo que ahora mejor haría usted explicando en su cátedra que el nuevo proyecto significa prosperidad y bienestar para todos: trabajo moderado y bien retribuido, casas higiénicas, ventiladas y alegres en vez de esos cubiles de paja que más parecen refugio de fieras que moradas de hombres civilizados; escuelas para los hijos, y médico y botica y hasta un capellán para que en la hora suprema suban libres de culpa las almas de Orbaleja. Enseñe usted que la fuerza ciega, inconsciente, animal, no alcanza nunca lo que logra el esfuerzo

racional y metódico; que no basta escarbar el seno de la madre tierra como los topos, y que esas máquinas, ruedas y palancas hijas de esos números y signos de que usted abomina, ahorran fatigas y sudores sin cuenta y multiplican la producción del suelo.

El ingeniero alejóse dejando á Pascual humillado y colérico. En su cerebro rudo de antiguo soldado, bullían confusas ideas de venganza. El mayordomo, acostumbrado á ser oído allí como un oráculo, sentíase herido en su amor propio, y veía descubierta su rapacidad. Todo lo perdía, fortuna y respetabilidad.

## XI

Jorge dedicaba menos tiempo á Marta, absorto en cálculos y trazos. Salía con frecuencia á caballo acompañando á Ricoy, y hasta hizo nuevos viajes á la ciudad para conferenciar con su padre.

Sin embargo Marta no parecía contrariada por aquel desvío. Escuchaba con indiferencia las discusiones sobre malvaceas, arenas y arcillas y aceptaba el lugar secundario á que había descendido.

Ya no tenía para Julián palabras duras ni burlas sangrientas; tratábale, al parecer, con cierta deferencia amistosa que no pasó inadvertida para Jorge.

—Veo, le dijo éste un día, que el pobre Julián ha alcanzado misericordia. ¡Eres muy buena!

También Julián había sufrido una metamorfosis. Su pasión por Marta parecía extinguida; veíala á todas horas, mas los arrebatos, las tristezas, los duelos de los primeros días habían desaparecido. El mozo enfermo y neurótico entraba en una nueva faz de existencia: la alegría irradiaba en sus ojos; sentíase ágil y fuerte, sediento de vida: estaba curado. Ya no sufría aquellos arrebatos contra Jorge, aceptaba su papel de servidor y abdicaba su soberanía en manos del señor legítimo. Sólo que ahora parecía esquivar la presencia de Jorge, y cuando éste pronunciaba su nombre palidecía y temblaba.

Pascual no acertaba á explicarse aquel cambio inesperado, mas su pasmo subió de punto, cuando un día, al regresar del campo con su hijo, vió no lejos, á Marta y á Ricoy que del brazo se paseaban solos engolfados al parecer en sabrosísima plática, á juzgar por la animación de los dos y las risas alegres de la joven.

El viejo mostró á su hijo con un ademán la pareja, mas Julián ¡caso inaudito! conformóse con murmurar entre dientes:

—¡Bah!

Esto fué un rayo para Pascual; todo lo adivinaba: Julián despechado, herido al fin por las burlas y desdenes de la joven, cedía el campo, y el ingeniero, más hábil que su hijo, saltaba el ageno cercado y á furto del dueño hincaba el diente en aquella dulce y sabrosa poma. Esto era bien claro. ¡Ah! ¡no podían fallar sus previsiones! Mas ahora ya tenía su venganza: su hijo humillado y vencido por aquella señora y vencido por un muñeco de manos blancas y bigote rubio, tendría su desquite. Sobre los culpables velarían dos ojos fijos y tenaces, y á su tiempo, en el instante crítico, éi, el mayordomo, el criado, el último, se encargaría de alzar el telón para el drama.

## XII

Los nuevos trabajos proseguían con actividad, abríanse brechas y se limpiaba el terreno.

Jorge multiplicaba sus viajes, ya en busca de obreros y herramientas, ya para informar á su padre de los progresos de la empresa.

Durante estas ausencias Marta no parecía impaciente ni contrariada. Pascual observaba á la joven con una perseverancia de gato; pesaba sus sonrisas, acechaba sus pasos y espiaba sus miradas. Iba á la casa, en donde Ricoy residía también, con el objeto aparente de recibir órdenes del ingeniero, mas en verdad á caza de algún indicio que confirmara sus sospechas.

Una tarde, vecina ya la noche, Pascual fué, como siempre, en busca de Ricoy, mas halló cerrado el despacho del ingeniero. Jorge estaba ausente y al mayordomo asaltóle la idea de presentarse de súbito en las habitaciones de Marta. Hallábanse en tinieblas; ya próximo á la puerta que daba entrada á la alcoba oyó risas y voces contenidas; iba Pascual á penetrar en la estancia resueltamente, cuando Marta, que sin duda había oído sus pasos, salió presurosa á su encuen-

tro. El mayordomo, á pesar de la obscuridad que reinaba, notó la turbación de Marta.

—Señora, dijo sin desconcertarse, he venido en busca del señor Ricoy, mas no está en su despacho y... se me ocurrió...

—Aun no habrá regresado, repuso Marta, casi trémula.

—En ese caso me retiro.

Y Pascual se marchó.

¡Ah! por fin tenía la certidumbre de aquella intriga! Aun sin haber sorprendido aquel cuchicheo en la obscuridad del dormitorio, bastaba el azoramiento de la joven para delatarla. Tenía la plena seguridad de que Ricoy se hallaba allí, oculto tal vez tras las colgaduras del lecho, cuando él llegó.... ¡Oh! si el señor Jorge apareciera de improviso una noche, sin que nadie se advirtiera de su llegada creyéndole en la ciudad, es seguro que se verían cosas muy buenas!

Y el viejo reía á solas figurándose la sorpresa de su amo y el espanto de los culpables, mientras se dirigía á su casa satisfecho de su descubrimiento.

Entre tanto Ricoy, ageno á las sospechas de Pascual, regresaba tranquilamente del campo, en donde aquel día un reconocimiento de nivel habíale detenido más tiempo del ordinario. Marchaba á pie, solo, con la cabeza descubierta, aspirando el perfume con que los campos saludan la noche, viendo surgir las estrellas como chispas de oro, sobre el azul profundo y oyendo el canto pausado de los grillos que callaban al sentir el ruido de sus pasos.

## XIII

Pasaron varios días.

Una mañana en que Jorge, ya de regreso, se encontraba sentado en su despacho revisando planos y apuntes, vió aparecer al mayordomo que con cierto aire confuso le dijo:

—Señor, deseo hablar á solas con usted, ahora.... si es posible, de un asunto tan reservado, que he dudado mucho antes de resolverme á este paso.

Jorge con más curiosidad que alarma, miró á Pascual que permanecía de pie, indeciso y como pesoso.

—¿Qué pasa, pues? dijo. Suelta ese grave fardo que te abruma.

—Es el caso que estoy cierto de incurrir en el enojo de mi amo.... Pero siento que mi señor, el hijo de Vulfrán, siga siendo el juguete de sus amigos....

—Habla claro, interrumpió Jorge con rudeza, que entrevió de súbito la revelación que iba á oír.

—¡Pues bien! dijo Pascual, la señorita Marta y el caballero Ricoy se entienden....

Jorge se puso densamente pálido, mas, contra lo que esperaba Pascual, mantúvose sereno.

—Es conveniente que sepas, dijo, que tus palabras pueden traer serias consecuencias. Marta no es mi esposa pero vive á mi lado, bajo mi techo, la amo, y por ella me he resignado á sepultarme en este destierro. En cuanto á León le conozco desde niño: pertenece á familia honorable, es un completo caballero incapaz de faltar á la hospitalidad, al honor; incapaz, repito, de traicionarme. Recuerdo varios rasgos suyos que envidio. Es un carácter. Si has juzgado de ligero, guiado por apariencias ó por exceso de celo, reconoce tu error y te absolveré, mas si persistes.... y te engañas, sabré castigarte.

—¡Tengo pruebas! exclamó Pascual, y el señor puede convencerse también fácilmente de que sus.... amigos saben aprovechar sus ausencias.

—Eso, en buen romance, quiere decir que mientras yo me encuentro en la ciudad con mi padre, Marta recibe á León.... ¿Eso dices?

—Casi estoy seguro, respondió Pascual.

Jorge vaciló un momento, sintió que una ola de fuego le cegaba, mas en breve se repuso y prosiguió tranquilo casi.

—Pues no basta esa semiseguridad. Voy á anunciar mi partida para esta tarde, y, por más que me repugne el medio, volveré á media noche y penetraré de improviso en esta casa. Quiero darte esta satisfacción.... á tí, que yo no la necesito.

Pascual se inmutó.

—Deseo equivocarme, dijo, aun cuando sufra el castigo.

—Tú me acompañarás. Recomiéndote el secreto.

El mayordomo salió.

Entonces Jorge levantóse, echó llave á la puerta y se dejó caer sobre el sillón. Jamás había sospechado de Marta; la creía fiel y amante. Mas ahora venían á su memoria multitud de pequeños detalles á los que antes no dió importancia. En efecto. Marta no se apenaba ya por sus ausencias, le besaba friamente, con el pensamiento muy distante, con la mirada vaga, vuelta *hacia adentro*, desligada de la suya.... ¡Ah! ¡no le amaba ya!

Jorge que mientras estuvo seguro de la posesión absoluta, exclusiva de su amada, llegó casi á olvidarla, ahora que se le iba, que sospechaba de ella, sentía que su amor resucitaba, triunfante, avasallador, incontrastable. ¡Sí, la amaba, la adoraba, era suya, sólo suya, la disputaría con su sangre! Recordaba sus noches ardientes de pasión, febriles, embriagadoras. La imagen de Marta aparecíasele núbil, desnuda, los labios sensuales y amorosos, los cabellos áureos triunfalmente llevados sobre la gallarda cabeza, las carnes blancas, tibias....

¡Y otro hombre había bebido en aquella ánfora! otros ojos habían contemplado aquellas albu-ras! ¡otros labios habían desflorado aquellas granas!...

¡No! ¡mentira! Si eso era imposible, mon truo-so.... ¡Calumnia! ¡Calumnia!

Y Jorge arrojando al suelo, colérico, planos y trazos de la futura Orbaleja, acariciados durante tantos días, salió del aposento procurando recobrar la calma y se dirigió en busca de Marta.

La joven sentada en una *chaise-longue*, contemplaba desde su balcón un punto fijo.

Jorge cojió la cabeza y la besó como en los primeros días de su amor.

—Sabe, la dijo, que esta tarde me marchó; voy á ver á mi padre.

Si en aquel momento Marta hubiera hecho el menor esfuerzo para detenerle, Jorge habría renunciado á aquella emboscada que repugnaba á su carácter leal; pero Marta se limitó á preguntar:

—¿Volverás pronto?

Y Jorge creyó sorprender en la joven un estremecimiento de deseo, mientras sus ojos volvíanse á clavar en el árbol que sombreaba la puerta de Pascual.

Jorge siguió la línea de aquella mirada. Bajo el árbol, de pie, estaba un hombre.

Era Julian.

## XIV

Cuando Pascual salió del despacho de Jorge, sintióse contrariado. Tal vez acababa de cometer una torpeza; tenía mil indicios para sospechar de Marta y Ricoy, más ninguna prueba clara y precisa. Conjeturaba que viviendo los dos amantes bajo el mismo techo, era natural que aprovecharan las ausencias de Jorge para verse. ¿Mas si esto no sucedía aquella noche? ¿Si su odio, su obsesión le habían hecho ver lo que en realidad no existía? ¿Si todo al fin no pasaba de un coqueteo inocente?

Pascual acabó por arrepentirse de veras de su imprudente paso. No tenía más remedio que apelar á la generosidad de Jorge que vería acaso en su denuncia, como él mismo lo había dicho, un exceso de celo bien disculpable en un antiguo servidor.

Erganchó el coche á la hora indicada y aguardó á su amo.

Pocos momentos después bajó Jorge acompañado de León.

—Con que te marchas, le dijo éste.

—Es preciso, pero regresaré muy pronto.

Jorge subió al coche y ordenó:

—¡Vamos!

Al partir alzó los ojos al balcón. Esperaba aún encontrar aquella cabeza rubia de otros días, inclinada, buscando su adiós.

Marta no estaba.

Entonces Jorge, con el corazón oprimido recordó la tarde en que por vez primera habían llegado á Orbaleja. ¡Con qué infantil alborozo descubrieron en la llanura gris y escueta el blanco caserío!

¡Allí iban á vivir solos y felices! ¡Qué frágil es la dicha! Gozaba imaginando, mientras el coche rodaba por la polvosa carretera, que Marta había muerto. Veíala muy blanca, muy pálida á la triste luz de los cirios en tarde brumosa, sobre alto lecho, con los ojos blandamente cerra-

dos, las manos en cruz y esparcidos los oros de sus rubios cabellos. . . . .

El sol iba ocultándose. En la llanura desierta apareció una mancha confusa de árboles que parecían suspendidos en el aire á la luz del crepúsculo. Era la estación del ferrocarril; una simple parada de trenes.

Cuando los viajeros llegaron era de noche. Las luces de señales proyectaban sus rayos de colores sobre las cintas de acero de la vía que se prolongaban internándose en las tinieblas. El edificio de la estación alzaba su obscura mole iluminada á trechos por la luz que se escapaba por sus ventanas abiertas.

En las negruras del horizonte apareció un ojo de fuego que crecía con asombrosa rapidez: era un tren que se acercaba. Prolongado silbido que devolvió el eco, turbó el silencio, y el monstruo jadeante surgió con su denso penacho de humo como revueltas crines de dragón, salpicando de brillante lluvia de chispas el negro manto de la noche.

Jorge descendió del vehículo. En aquel momento el tren llegaba, moderando su marcha. El joven sintió impulsos de arrojarle bajo sus ruedas.

Jorge penetró en la sala de espera y sentóse. Había calculado que necesitaba dejar transcurrir una hora antes de emprender el regreso á Orbaleja.

¡Que larga iba á ser aquella espera! En pocas horas; qué profundo trastorno en su vida! Sufría la sensación de una caída inesperada, de un choque próximo y formidable, como si desprendido de la barquilla de un globo y lanzado al vacío, divisara allá, en lo hondo de profunda cima, la roca erizada de aristas en que iría fatalmente á estrellarse.

Jorge intentó sobreponerse á su dolor.

¡Cómo! él, educado en una gran capital, conector de la inconstancia femenina, él que había recibo y prodigado desengaños amorosos con esa ligereza fácil y de buen tono, amable y frívola, de los jóvenes calaveras y ricos, desesperábase como un estudiante por la traición prevista de una muchacha vulgar! ¡Esto era ridículo! De tales aventuras, bien lo sabía él, era la infidelidad el desenlace obligado siempre. Se había dejado engañar por el candor de paloma de Marta. Era como todas: el recién llegado sería siempre el juguete nuevo, preferido, de cascabeles de oro y colores de iris; mientras el antiguo, deslustrado, sin brillo, sin misterios, como un Pierrot caduco, se echaba al desván de los sueños, al olvido, gastado y roto!

Quiso entonces persuadirse á que lo que así le atormentaba era el despecho por el ultraje recibido, no de la mujer, sino del camarada, del amigo. . . . .

Pero si esto era imposible! Conocía á León desde niño; su rectitud, su honradez, su hidalguía eran proverbiales; para un Ricoy la hospitalidad era sagrado, como entre los antiguos patriarcas, y la amistad un culto. . . . .

¡Pero entonces las afirmaciones terminantes de Pascual, el desvío manifiesto de Marta, su desamor, ¿qué significaban?

¿Qué tenebrosa verdad se revolvía en aquel fondo negro, que en vano sondeaban sus ojos?

El tren había pasado, y la estación volvió á recobrar su calma. La noche tornábase pavorosa; nubes enormes iban cubriendo el cielo y el relámpago intermitente incendiaba el espacio.

Jorge trémulo, como si la tormenta próxima vibrara en sus nervios, no esperó más. Volvió al coche y dijo á Pascual:

—¡Regresemos!

XV

Habían llegado. La obscuridad era completa. Jorge notó que su acompañante, al abandonar el coche, se echaba sobre el hombro su antiguo fusil de soldado que había traído oculto bajo el asiento del pescante.

—Será inútil, dijo.

—¡Quién lo sabe! repuso Pascual.

Cuando estuvieron frente á la puerta principal de la casa, el mayordomo detuvo con un ademán á Jorge que iba á llamar.



—Se alarmarían con nuestra llegada, dijo.—Las tapias del corral son bajas, puedo salvarlas y abrir el postigo pequeño que cierra por dentro.

Doblaron entonces el ángulo del edificio y avanzaron un largo trecho palpando el muro.

De pronto se detuvieron sorprendidos. El postigo estaba abierto.

—Ha sido un descuido, dijo Pascual, una casualidad que nos ayuda.

—Entremos, repuso Jorge impaciente.

Al pié de la escalera que conducía á las habi-

taciones del piso alto, Pascual se detuvo. Para él sería mejor esperar el resultado á distancia, y fué á sentarse en un ángulo del extenso patio sobre un banco de piedra.

Jorge á medida que subía la escalera recobrabá su aplomo; serenóse casi. Después de todo se había alarmado sin motivo, arrastrado por los recelos de un viejo idiota. ¡Qué locura!

Cuando llegó al corredor; callado y tranquilo, le pareció que todo había sido un sueño. Estaba en su casa: Marta dormiría y su amigo, según su costumbre de velar largas horas, corregiría sus cálculos sobre el plano de Orbaleja.

La noche seguía negra y tormentosa.

El olor de la tierra humedecida por las primeras gotas de lluvia llegaba en emanaciones penetrantes en las ráfagas del viento. A la luz de los relámpagos surgían en la sombra los perfiles remotos de las montañas, mientras el trueno sordo y constante retumbaba á lo lejos.

De súbito, por una de esas reacciones inexplicables, Jorge sintióse de nuevo acometido por la duda, y corriendo casi llegó á las habitaciones de Marta.

Ahora tenía la seguridad de su infortunio. Empujó una puerta con violencia, cruzó la pieza, que servía de tocador á la joven y penetró en el dormitorio. . . . .

Un grito de espanto resonó en la estancia.

—¡Es Jorge!

Jorge quedó inmóvil: era tras el vértigo de la caída el anonadamiento del choque.

Tuvo la visión confusa y rápida en la obscuridad de la alcoba, de un hombre que se lanzaba del lecho, que se erguía, vacilaba y por fin derribándole casi al apartarle, ganaba la salida. La sorpresa del desastre paralizó por un momento sus energías.

Después precipitóse al alcance de aquel hombre; llegó al corredor, mas era tarde, el fugitivo había desaparecido.

En aquel momento fulminó una detonación de arma de fuego.

Jorge bajó la escalera á saltos y alcanzó en el patio á Pascual que empuñaba aún su fusil.

—¡En dónde está! gritó.

—¡No lo sé! exclamó Pascual agitado. Entreví apenas al hombre que corría tratando de alcanzar la salida del postigo y disparé al bulto en la obscuridad. . . . . ¡Creo que no acerté!

—¡Qué pasal!—exclamó una voz, mientras la luz de una lámpara suspendida en alto alumbraba de improviso el negro fondo del patio.

Los dos hombres alzaron la cabeza sorprendidos.

En lo alto de la escalera el ingeniero León Ricoy, de pie, con el asombro pintado en la faz, acababa de aparecer.

Pascual como herido por una revelación súbita, espantosa, abrió los ojos desmesurados, se llevó las manos á la cabeza y tambaleándose como un loco, lanzóse en la dirección que había llevado el fugitivo.

Después un grito formidable, sollozo, rugido, imprecación, que salía de las sombras, resonó en la noche trágica.

—¡He matado á mi hijo!

URELA.



# LA FAMILIA JOYEUSE.

## LOS DIAS DE ADVERSIDAD.

Todas las mañanas del año, á las ocho en punto, en una casa nueva y casi deshabitada de cierto barrio de París, se oían gritos, llamadas y estrepitosas risas en el hueco de la escalera.

—Papá, no olvides la música que te he encargado.

—Papá, el estambre para bordar. ....

—Papá, traenos rosquillas. ....

Y la voz del padre llamando desde abajo:

—Zazá, bájame la cartera. ....



—Vaya, bueno; siempre la estás olvidando. ....

Y era de ver el estrépito con que subían y bajaban, con las señales del sueño en la cara y los cabellos en desorden, unas cuantas niñas cuya algazara no cesaba hasta el momento en que, inclinadas sobre la barandilla, despedían ruidosamente á un anciano, limpio y bien cuidado, cuya silueta veían desaparecer al final de la escalera.

El Sr. Joyeuse se marchaba á su oficina. Entonces todas aquellas niñas subían rápidamente hasta el cuarto piso, y después de cerrar de golpe la puerta de

la habitación, se asomaban á una ventana para mirar otra vez á su padre. El buen hombre se volvía de cuando en cuando para verlas de nuevo, les enviaba besos con la mano y las niñas hacían lo mismo, hasta que por fin la ventana se cerraba, y todo en aquella vivienda recuperaba su estado normal, con excepción de los carteles y anuncios de las tiendas vecinas, á los que el viento hacía danzar de un lado para otro, como si ellos quisieran también tomar parte en la alegría y la algazara de aquella casa.

Un momento después el Sr. Marianne, fotógrafo, que ocupaba el quinto piso, bajaba para colocar en el portal su muestrario, compuesto, como siempre, del retrato del vecino del cuarto piso, rodeado de sus hijas, formando diversos grupos; y después de estas escenas, que se repiten diariamente, la calma se restablecía de repente hasta la noche, pareciendo que todo aquel movimiento y aquella vida habían quedado encerrados bajo los cristales del muestrario, que contenía, sonrientes é inmóviles, los retratos del padre y de las hijas.

Desde la calle de San Fernando, hasta la casa de banca *Hermelingue é hijo*, en donde estaba empleado, el Sr. Joyeuse tenía por lo menos que andar durante tres cuartos de hora. Marchaba con la cabeza muy erguida, como si temiera arrugar el hermoso lazo de la corbata, hecho por sus hijas; y como la mayor de ellas, siempre previsora y prudente, le levantaba en el momento de salir el cuello de la levita para evitar que se constipara, aun con una temperatura de estufa, el Sr. Joyeuse no lo bajaba hasta llegar á su oficina.

Viudo hacía unos cuantos años, este buen hombre no vivía más que para sus hijas, que eran su único pensamiento, y se sentía feliz viéndose rodeado por aquellas cabecitas rubias que se agitaban sin cesar en su derredor como los ángeles en un cuadro de la Asunción. Todos sus deseos, todos sus proyectos, se relacionaban siempre con las hermosas niñas.

Como sucede siempre en las familias que han gozado de cierto bienestar pecuniario, Alina, que era la mayor, había sido educada en uno de los colegios de París. Elisa estuvo también dos años con su hermana, pero las dos más pequeñas, nacidas demasiado tarde y cuando los apuros entraron en la casa, fueron enviadas á uno de los colegios del barrio, en el que poco aprendieron, teniendo, por lo tanto, que completar á domicilio su educación. Y no era cosa fácil en verdad, pues la más joven se refa de to-

do, rebosando salud y alegría; parecía una alondra, siempre en movimiento y huyendo á todas horas del pupitre y de los libros, mientras que la señorita Enriqueta, imbuída no se sabe cómo en ideas de grandeza, no gustaba mucho de estudiar. Esta niña de quince años, dotada de grandes facultades imaginativas, arreglaba su vida de antemano y declaraba formalmente que se casaría con un joven aristócrata, y que tendría tres hijos, un varón para conservar el título, y dos niñas para vestir siempre iguales. ....

Si, eso es, decía la *mamita*, las vestirás iguales; pero mientras tanto, veamos si sabes lo que son participios:

La *mamita* era Alina.

—La llamábamos así cuando era pequeñita, decía el Sr. Joyeuse, porque con su gorrita encañonada y su autoridad de hermana mayor, era tan razonable y se parecía tanto á su abuela, que se quedó con aquel nombre.

El buen viejo daba esta explicación con un tono tal, que parecía la cosa más natural del mundo que ese nombre se diese á tan encantadora juventud. Y todos en la casa discurrían de igual modo que el Sr. Joyeuse, pues hasta la anciana criada llamaba *mamita* á la joven, sin que ésta jamás se sintiese molestada por ello, toda vez que la influencia de nombre tan venerable, añadía á la ternura que la prodigaban, una deferencia alhagadora, dando al mismo tiempo á su autoridad ideal cierto seductor realce.

Y de seguro que no se aburría. Su vida era una continua ocupación, que comenzaba con el alba y concluía hasta la noche; tenía que alentar y sostener á su padre, instruir á sus hermanas, ocuparse en todos los cuidados materiales de aquella casa, en la que faltaba la madre, siendo infatigable siempre, pero sin aparentar cansancio, cosa muy en armonía, por cierto, con el egoísmo humano, que de este modo se libra de todo reconocimiento y que, como contrario á todo sacrificio, apenas se deja vencer por la abnegación y el heroísmo.

No era la hija valerosa que trabaja para alimentar á sus padres, y que, corriendo desde por la mañana hasta la noche dando lecciones, olvida en la agitación de su vida todos los sinsabores del hogar doméstico, no; Alina comprendió que debía obrar de diferente modo; cual abeja sedentaria, se aplicó á cuidar únicamente de su colmena, sin ocuparse para nada del aire y de las flores. Llenaba mil funciones á un tiempo; modista, costurera, maestra de música, institutriz y tenedora de libros, pues el señor Joyeuse, incapaz de dirigir su casa, la dejaba la libre disposición de los recursos.



Entre sus discípulas, la que más ocupación le daba era su hermana Elisa, que habiendo sido reprobada tres veces en los exámenes de historia, se preparaba de nuevo, y llena de desconfianza y de miedo, no abandonaba el libro ni aun para comer. Pero no siendo ya una pequeñuela, sino antes bien, una joven muy linda en verdad, no poseía la memoria mecánica de la niñez, en la que las fechas y los acontecimientos se graban para toda la vida. Entre mil preocupaciones, la lección aprendida se olvidaba en un minuto, á pesar de la aparente aplicación de la alumna, que con

los ojos fijos en el texto, los rubios rizos rozando las páginas y su linda boca moviéndose sin cesar, repetía: «Luis, llamado el Testarudo, 1314-1316.—Felipe V, el Largo, 1316-1321.... 1322.... ¡Ah! *mamita*, estoy perdida. Jamás lo sabré.»

Entonces la *mamita* se acercaba, la ayudaba á fijar su espíritu y á conservar en su memoria algunas de estas fechas de la Edad Media, dándole al mismo tiempo alientos y valor.

Y en los intervalos de aquellos múltiples trabajos y de una vigilancia general y constante, hallaba siempre tiempo para ejecutar muy lindas labores, sacando de alguna canastilla un bonito encaje de crochet, ó algún bordado en cañamazo, pues aunque estuviese hablando, nunca se veían ociosas sus infatigables manos.

Mientras tanto, el padre de nuestras niñas iba á su oficina constantemente; pero influido por el cariño de sus preciosas hijitas, más que en las ocupaciones de caja, pensaba en ellas y formaba de continuos miles de proyectos, relacionados todos con la futura prosperidad de sus adorados ángeles.

Su imaginación, siempre activa, le hacía divagar muchas veces, dando á su fisonomía una expresión calenturienta que hacía contraste con su correcta apariencia de empleado.

¡Y cómo caminaba su fantasía y crecían sus ilusiones!

Una mañana, habiendo dejado su casa á la hora y en las circunstancias de costumbre, empezó, después de volver la esquina de la calle de San Fernando, á forjar una de sus frecuentes novelas íntimas. Se acercaba el fin del año, y tal vez la vista de algún puesto de esos que se improvisan en la vía pública, le hizo pensar en el año nuevo y en los aguinaldos. En seguida la palabra *gratificación* se presentó á su espíritu, dando pábulo á sus quiméricas ilusiones. En el mes de Diciembre, los empleados del banquero Hermelingue recibían doble sueldo, y es cosa sabida que en casa de los empleados, esto sirve de base para mil preocupaciones más ó menos agradables, tales como regalos que hay que hacer, muebles que renovar, ó bien guardar alguna cantidad en el fondo del cajón para casos imprevistos.

El señor Joyeuse, habiendo perdido una pequeña fortuna, no estaba sobrado de dinero, y aun cuando la *mamita* llevaba el timón de la casa con mucha cordura, no habían podido hacer ninguna economía. El buen nombre se figuró que en el año presente la gratificación había de ser mayor, á causa del aumento de trabajo que ocasionaba un empréstito tunecino, que constituía un magnífico negocio para sus principales, y tan bueno, que nuestro cajero habíase permitido decir en la oficina que la casa Hermelingue é hijo, *había trasquilado demasiado á los turcos*. ....

—Sí; seguramente la gratificación será doble, pensaba el pobre hombre prosiguiendo su camino.

Y se figuraba ya estar, no obstante faltar todavía un mes, subiendo con sus compañeros para la visita de año nuevo, la escalerilla que conducía al despacho del banquero; que éste les anunciaba la buena nueva, y que luego le detenía á él para hablarle en particular, y no obstante ser habitualmente tan frío, se volvía afectuoso, paternal, hasta comunicativo, y le preguntaba cuántas hijas tenía.

—Tengo tres.... no, me equivoco; cuatro, señor barón. Siempre me confundo. La mayor es tan razonable....

—Querría también saber su edad.

—Alina tiene veinte años, señor barón. Es la mayor.... luego viene Elisa, que se prepara para su examen, de dieciocho años.... Enriqueta cuenta ya catorce, y Zazá doce.

Ese nombre de Zazá divertía mucho al señor barón, que quería conocer todos los recursos de aquella interesante familia.

—No tenemos más que mi sueldo, señor barón; no contamos con otra cosa. Tenía algún dinero ahorrado; pero la enfermedad de mi mujer y los estudios de las niñas....

—Lo que ganáis no basta, mi buen Joyeuse... Aumento vuestro sueldo en mil pesetas mensuales.

—¡Oh, señor barón! es demasiado.

Nuestro buen hombre, dijo estas últimas palabras en alta voz casi al oído de un guardia, que miró con desconfianza á aquel hombrecillo que gesticulaba y hablaba solo; pero el pobre soñador no volvió á la realidad, sino que continuó edificando sus castillos en el aire, considerando cómo llegaba á su casa y anunciaba á sus hijitas la feliz nueva, llevándolas después al teatro para festejar aquel dichoso día. ¡Dios mío, y qué hermosas eran las señoritas Joyeuse, qué ramillete tan lozano formaban en la delantera de su palco! Luego, al día siguiente, le pedían las dos mayores para casarse con.... Imposible le fué averiguar con quién, pues en aquel instante se halló en el

portal de la casa Hermelingue, delante de una manpara, en la que se leía «Caja» en letras doradas.

—Siempre me sucede lo mismo, se dijo sonriendo y pasándose la mano por la frente, cubierta de sudor.

Sentíase de buen humor por tan gratísimos pensamientos y por el suave calor que se advertía en las diversas piezas de las oficinas entarimadas, enrejadas, y en las que se podían contar las monedas de oro sin que molestasen la vista, gracias á la escasa luz que había en ellas por estar en piso bajo. El señor Joyeuse saludó alegremente á los demás empleados, se puso su saco de trabajo y su gorro de terciopelo negro. De repente se dejó oír un silbido, y el cajero, aplicando su oído al tubo acústico oyó la voz gruesa y pastosa del viejo Hermelingue, del mismísimo, del verdadero Hermelingue (el hijo estaba siempre ausente), que preguntaba por el señor Joyeuse. ¡Cómo! ¿Continuaba soñando? El buen hombre, en extremo conmovido, subió la escalerilla interior que comunicaba con el despacho del banquero, pieza estrecha, muy alta de techo y amueblada con enormes sillones de cuero proporcionados á la espantosa gordura del jefe de la casa.

Estaba allí, sentado delante de su pupitre, al que su enorme vientre le impedía aproximarse; obeso, respirando con trabajo y tan amarillo que su faz redonda, con nariz de ave de rapaña, parecía la de un buho gordo y enfermo á un tiempo, ó la de un mercader moro, enmohecido por la humedad del patio en que tiene su hedionda mercancía. Debajo de sus párpados, que levantó con trabajo, su mirada brilló un instante cuando el cajero entró: le hizo señas para que se acercase, y lenta y fríamente, con palabras entrecortadas por la falta de aliento, en vez de «Sr. Joyeuse, ¿cuántas hijas tenéis?» dijo:

—Joyeuse, os habéis permitido censurar nuestras últimas operaciones en Túnez. Es inútil que os disculpéis. Vuestras palabras han sido repetidas textualmente, y como no me place ser censurado por mis empleados, os advierto que desde fines de este mes dejáis de formar parte de mi casa.

Una oleada de sangre subió á la cara del desgraciado cajero, que se fué, volvió y revolvió sin saber lo que hacía, pues su cerebro se llenaba de tumultuosos pensamientos.

¡Sus hijas!

¿Qué iba á ser de ellas?

¡Las colocaciones son tan raras en esta época del año!

La miseria se le representó en seguida, y se veía ya desgraciado, cayendo á los pies de Hermelingue, suplicándole, amenazándole y hasta cogiéndole por la garganta en un acceso de desesperación y de ira. Todas estas impresiones pasaron por su cara como el viento que riza las aguas de un lago, dejando en él muchos abismos movibles, pero el pobre viejo se quedó mudo, de pie en el mismo sitio, y cuando oyó que su principal le decía que podía retirarse, bajó tambaleándose á trabajar en su caja.

Por la noche, al volver á su casa, el señor Joyeuse nada dijo á sus hijas. No se atrevió. La idea de entristecer la radiante alegría que reinaba en su hogar, ver llenarse de lágrimas los lindos ojos de sus queridas niñas le pareció insufrible, y además su carácter tímido y débil le empujaba á decirse: «Espéremos hasta mañana.» Esperó, pues, para hablar, primero á que acabase el mes de Noviembre, halagándose con la vana esperanza de que Hermelingue mudaría de parecer, como si no conociera la voluntad firme y tenaz de aquel ser, especie de molusco; y luego, cuando cobró su sueldo y vió que otro cajero se sentó delante del alto pupitre que había ocupado tanto tiempo, palpó la realidad y se resignó, esperando encontrar pronto otro empleo que le permitiera no tener que confesar su desgracia.

Todas las mañanas fingía irse á la oficina, se dejaba arreglar como siempre, partía llevando su gran cartera de piel debajo del brazo, conteniendo los numerosos encargos que le hacían sus hijas, pero que olvidaba á propósito en su mayor parte, no porque le faltase tiempo, pues pasábase todas las horas de trabajo recorriendo París, sino á causa del problemático fin de mes. No dejaba de andar en busca de una colocación, y si bien le daban excelentes recomendaciones, ese terrible mes de Diciembre tan frío, de días tan cortos, lleno de preocupaciones y de gastos, es el peor para colocarse, porque los empleados, y también los jefes de oficinas, procuran concluir el año con tranquilidad, dejando para Enero los cambios y mejoras que piensan introducir. Por todas partes en donde el señor Joyeuse se presentaba, advertía cierta frialdad desde el momento en que manifestaba el objeto de su visita.

—¡Hombre! ¿No estáis ya en casa de Hermelingue? ¿Cómo es eso?

El pobre anciano explicaba la cosa lo mejor que podía. Un capricho de su principal, de ese feroz banquero á quien todo París conocía; pero notaba mucha indiferencia y hasta cierta desconfianza en esta respuesta uniforme:

—Volved por aquí después de las fiestas de Año Nuevo.

Y tímido por carácter, hubiera llegado hasta el punto de no presentarse ya en ninguna parte, pasan-

do veinte veces por delante de una puerta sin entrar. Y si entraba era aguijoneado por el recuerdo de sus hijas. Esto sólo era suficiente para darle ánimo, haciéndole correr de un extremo á otro de París y llegar hasta Aubervilliers, á una gran fábrica donde le hicieron ir tres días seguidos para no conseguir nada.

¡Oh! Las largas carreras con las lluvias y las heladas, las puertas que se cierran, el principal que ha salido ó que está ocupado, las esperanzas perdidas, el fastidio que se sufre aguardando en una antesala, las humillaciones reservadas para todo aquel que busca trabajo, como si fuera una vergüenza carecer de él, son cosas, en verdad, desesperantes, y el Sr. Joyeuse experimentó todos estos sufrimientos, así como el fenómeno de ver como las buenas voluntades se cansan y descorazonan ante la persistencia de la mala suerte. Y estas angustias del hombre que busca ocupación, se duplicaron para aquel pobre padre, cuya imaginación no tenía un instante de reposo.

Durante todo un mes se pareció á una de esas figuras de movimiento que causan la alegría de los niños; hablaba solo y gesticulaba andando por las calles, tropezando con los transeúntes sin verlos siquiera; algunos se reían, pero otros se sentían llenos de piedad hacia aquel pobre anciano, poseído, sin duda, de una idea fija que le cegaba hasta el punto de no saber por dónde se andaba. Lo peor del caso era, que después de esas largas y crueles horas de fatiga, cuando el desdichado hombre volvía á su casa, era preciso que representara el papel de un empleado que regresa de su trabajo, que contara los acontecimientos del día, las cosas que había oído á sus compañeros de oficina; en fin, esas mil nimiedades que entretenían la velada.

En todas las casas y familias sencillas hay siempre un nombre que se pronuncia más á menudo que los demás, que se invoca en los momentos aciagos, que se mezcla con todos los deseos, que alimenta todas las esperanzas y hasta va unido á los juegos de los niños, quienes también se penetran de su importancia; un nombre que representa el papel de segunda providencia, ó más bien de un Dios las que dirige todo en la casa. Ese nombre es el del principal, del director de una fábrica, del propietario, del ministro, del hombre cualquiera que sea que tiene en su mano poderosa la existencia y la felicidad del hogar.

En la familia Joyeuse era Hermelingue, siempre Hermelingue, el nombre que se pronunciaba veinte veces al día en la conversación de las niñas, quienes le asociaban en todos sus proyectos y hasta á los más minuciosos detalles de sus femeninas ambiciones. «Si Hermelingue quisiera . . . . . Todo depende de Hermelingue.»

Nada era más encantador que la familiaridad que usaban nuestras muchachas hablando de aquel richón á quien jamás habían visto.

Preguntaban por él. . . . . Si su padre le había hablado, si tenía buen humor. . . . . ¡Y pensar que todos, por humildes y agobiados que nos veamos por el destino, tenemos en inferior esfera á otros pobres seres más humildes y más agobiados aún, para los cuales somos grandes, somos dioses, y para quienes aparecemos indiferentes, desdeñosos y crueles! . . . . .

Pueden figurarse nuestros lectores el suplicio que sufría el buen señor Joyeuse, obligado á inventar episodios y anécdotas sobre el miserable que le había despedido con tanta ferocidad después de diez años de leales servicios; sin embargo, representaba su pequeña comedia con tanta naturalidad, que engañaba á todos. Sus hijas no notaron más que una cosa, y es que, cuando volvía á su casa por la noche, comía siempre con gran apetito. ¡Era natural; desde que perdió su colocación el pobre hombre no almorzaba por la mañana!

Los días pasaban, y el señor Joyeuse no encontraba nada, como no fuera una colocación en la *Caja Territorial*, que rehusó porque, estando muy al corriente de las operaciones de banca en general, y en particular de la mencionada Caja, prefería morir de hambre á entrar en una casa falaz, de la que tal vez tuviera que examinar como perito los libros ante los Tribunales.

Continuó, pues, corriendo; pero lleno de desaliento, no buscaba ya nada. Como para que sus hijas no se enterasen de su desgracia tenía precisión de pasar el día fuera de su casa, se paraba delante de los escaparates ó se apoyaba en el pretil de los puentes mirando correr el agua ó descargar las barcas en los muelles. Estaba ya clasificado en el número de desocupados que se encuentran en primera fila cuando sucede algún percance en la calle, que se resguardan de los chubascos debajo de los portales, que se acercan para calentarse á cualquier lumbre que ven humear en la vía pública ó se dejan caer en uno de los boulevares al sentirse fatigados. ¡Qué pesada se le iba haciendo ya la vida! . . . .

Algunos días, no muchos, cuando el Sr. Joyeuse estaba por demás cansado ó el tiempo era demasiado malo, esperaba en la esquina á que sus niñas cerrasen la ventana, y volviendo á su casa arrimado á la pared, subía la escalera muy aprisa, pasaba, deteniendo el aliento, por delante de la puerta de su cuarto y se refugiaba en casa del fotógrafo Andrés



Maranne que, estando al corriente de su infortunio, le acogía con la compasión que todo desdichado siente para sus iguales. El Sr. Joyeuse permanecía muchas horas en el taller de su vecino, hablando en voz baja, leyendo, ó mirando caer la lluvia encima de los tejados. Debajo de él oía á veces la risa de sus niñas, la lección de música que daba la *mamita*, el tic-tac del metrónomo, en una palabra, todos aquellos ruidos que le alegraban el corazón.

El cándido Maranne le distraía hablando de sus esperanzas, pues trabajaba para el teatro y nadie en la casa nueva dudaba del futuro éxito. La fotografía prometía escasos beneficios, pues los clientes eran muy pocos, y los que pasaban por la calle no iban dispuestos á retratarse; pero el joven Andrés con los inagotables recursos de su imaginación, explicaba sin amargura la indiferencia del público, unas veces diciendo que la estación no era favorable, otras que todo el mundo se quejaba del mal estado de los negocios, y concluía siempre con estas consoladoras palabras:

—¡Ah! Cuando consiga que pongan en escena mi *Reuelta!*

*Reuelta* era el título de una comedia suya, en que trabajaba hacía seis meses de día y de noche, y que le había hecho sufrir con paciencia los fríos del invierno, bien ruídos por cierto. Allí, en su estrecho taller, se le aparecían todos los personajes de su obra y se creía transportado á la sala de un teatro lleno de luz y con todo el lujo de las decoraciones; oía el tumulto glorioso de su primera representación, y la lluvia que azotaba los cristales, el viento que silbaba, las maderas de las ventanas pegando contra la pared, se le figuraban los aplausos de los espectadores. Y no era sólo gloria y dinero lo que esperaba de esa bienaventurada comedia, sino otra cosa más preciosa aún, una cosa de la que no se atrevía á hablar todavía al padre de familia, pero que *mamita* sabía, y la señorita Elisa no ignoraba.

Cierto día, durante la ausencia de Andrés, el señor Joyeuse, estando solo en el taller, oyó dos golpes dados en el techo del piso cuarto, dos golpes con un intervalo muy distintos. La timidez del fotógrafo con sus vecinos autorizaba aquellas comunicaciones; mas ¿qué significaba? ¿Cómo responder á aquella especie de llamada? Pero el cesante repitió los golpes al azar, y todo quedó después en silencio.

Quando el fotógrafo volvió á su casa explicó á su vecino aquel hecho de la manera más sencilla, diciéndole que algunas veces, durante el día, las niñas, que no veían nunca al joven hasta la noche, se informaban de si tenía trabajo, y aquellos golpes querían decir: «¿Cómo andan los negocios hoy?» A lo que el señor Joyeuse había contestado sin saberlo: «No del todo mal.»

Aun cuando Maranne se puso muy encarnado al dar semejante explicación, el buen anciano lo creyó sin la menor duda; pero la idea de esas comunicaciones frecuentes entre las dos casas le dió miedo en cuanto al secreto de su situación, y desde entonces se abstuvo de lo que él llamaba «sus días artísticos.»

De día en día sus angustias crecían pareciendo ahogarle, porque el momento crítico se acercaba en que no podría disimular más, pues el fin de mes llegaba juntamente con el fin de año.

París iba tomando ya su fisonomía característica de las últimas semanas de Diciembre, única fiesta nacional que ha conservado hasta ahora el respeto á la conmemoración del Año Nuevo.

Desde los primeros días de este mes una infinidad de niños se desbanda por toda la ciudad, viéndose por doquier carros llenos de tambores dorados, caballos de madera y juguetes de todas clases. En los barrios industriales, en todos los pisos de las casas de aquellos antiguos palacios del Marais, tan altos de techo

y con magestuosas puertas de dos hojas, es mucha la gente que se pasa las noches manejando gasas, flores y lentejuelas; poniendo rótulos sobre hojas de papel satinado y escogiendo, marcando, embalando aquella variedad de juguetes á los que París da el sello de su elegancia.

Luego los escaparates se adornan; detrás de los grandes cristales se admiran los dorados adornos de los libros de aguinaldos amontonados y brillando á la luz del gas, las telas de colores variados y tentadores arregladas con arte por las lindas jóvenes dependientes de los almacenes, mientras que otras, artísticamente peinadas y coquetamente ataviadas, llenan saquitos con bombones, que caen dentro como una lluvia de perlas.

Pero, enfrente de ese comercio burgués, resguardado detrás de aquellos ricos escaparates, se instala la industria improvisada de esas barracas de tablas, cuya doble fila da al boulevard el aspecto de un vasto campo de feria, y allí es donde se desarrolla el verdadero interés y la poesía de los aguinaldos.

Por lo regular, el señor Joyeuse formaba parte de ese tropel de gente que circula por entre dichos puestos con dinero en los bolsillos y paquetes en las manos. Corría de un lado á otro en compañía de la *mamita*, buscando los regalos para las demás, y se detenía delante de aquellos comerciantes de ocasión que se conmueven en presencia de un comprador y que, no teniendo costumbre de vender, creen realizar en unos cuantos días ganancias extraordinarias. ¡Y son de oír los coloquios y reflexiones que se entablan entre unos y otros!

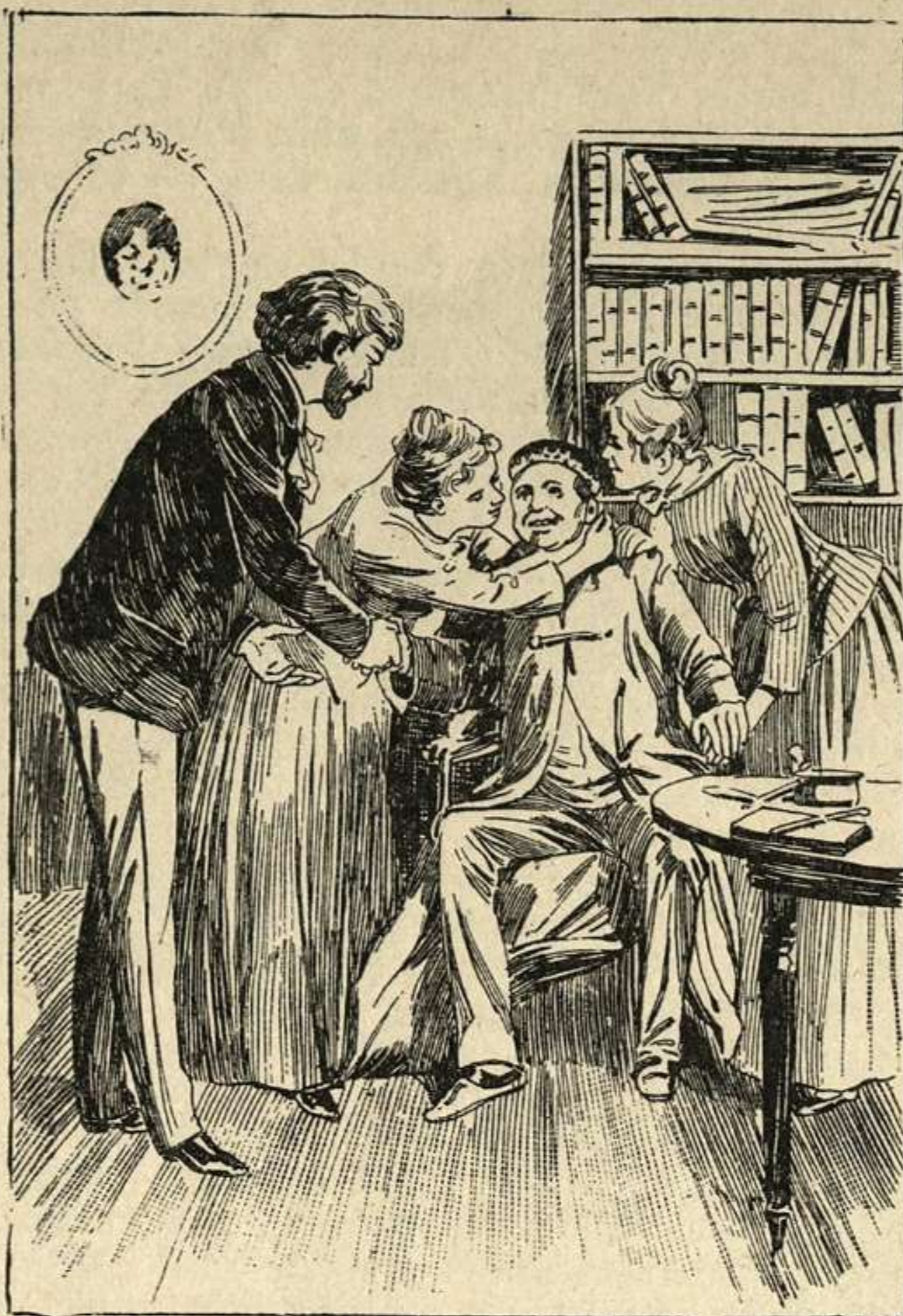
Aquel año ¡ay! nada sucedería. El pobre señor vagaba melancólicamente por la ciudad llena de regocijo, más triste y descorazonado viendo la actividad que le rodeaba, tropezando como todos los que impiden la circulación de las gentes activas, y con el corazón lleno de una continua angustia, pues hacía algunos días que en la mesa, *mamita* hacía alusiones significativas á propósito de los aguinaldos. Así es que el anciano huía cuanto podía de encontrarse á solas con ella, y la prohibió terminantemente que fuera á buscarle á la oficina. Pero, á pesar de todos sus esfuerzos se acercaba la hora fatal en que el misterio se haría imposible y en que su pesado secreto sería descubierto.

Una noche la familia Joyeuse se hallaba reunida en la salita, en que había dos magníficos sillones, muchas labores de crochet, un piano, dos lámparas cárcel con sus pantallas verdes y un estante de figuritas y caprichos de porcelana.

La verdadera familia se halla entre los humildes. Por economía no se encendía más que un fuego en toda la casa y una sola luz, alrededor de la cual todos se agrupaban detrás de su antigua pantalla, que representaba escenas nocturnas sembradas de puntos luminosos que fueron otros años la admiración y la alegría de todas aquellas muchachas en su niñez.

Destacándose dulcemente entre las sombras de la habitación cuatro cabezas jóvenes, rubias unas y morenas otras, que se inclinaban sonrientes ó aplicadas á su labor debajo de la luz, que parecía alimentar la llama de sus miradas y acrecentar la brillantez de su juventud debajo de sus tersas frentes; abrigándolas, preservándolas del frío que hacía fuera de aquel santuario, de los fantasmas, de los engaños, de las miserias y de los terrores, de todo lo que hay de siniestro, en fin, en una noche de invierno parisiense en el fondo de un barrio desierto, ó poco menos.

Así reunida en una piecicita en los altos de la casa deshabitada, en una atmósfera templada, en un interior bien cuidado y confortable, la familia Jo-



yeuse parecía vivir en un nido en la cima de un árbol muy elevado. Se cosía, se leía y se conversaba. Los únicos ruidos que se oían eran el chisporroteo de la leña en la chimenea, ó alguna exclamación del padre, algo retirado del círculo y como perdido en la sombra ocultando su ansiedad. Se figuraba que, hallándose ya en la necesidad absoluta de confesar á sus hijas su apurada situación, aquella noche, ó á más tardar al día siguiente, la Providencia le enviaría un socorro inesperado. Es fácil, se decía, que Hermelingue, arrepentido, me mande, como á todos los que han trabajado en el empréstito tunecino, su gratificación de Diciembre. Será un elegante lacayo quien la traiga y diga: «De parte del señor barón.» Como el infeliz soñador dijo estas palabras en alta voz, las lindas caras de sus niñas se volvieron riendo hacia él, y el desgraciado volvió de pronto á la realidad.

¡Oh! ¡Cuán pesaroso estaba de no haberlo confesado antes, pues tenía ahora que destruir de repente la tranquilidad que reinaba á su alrededor, encontrándose sin fuerzas para conservar y para defender la felicidad de su familia! Y delante del lindo grupo tan alegre y seductor, se veía acosado por remordimientos tan punzantes para su alma débil, que su secreto iba á escapársele, cuando un campanillazo, nada quimérico, hizo estremecer á todos y detuvo el secreto, pronto á ser divulgado.

¿Quién podía llegar á tales horas? Vivían tan aislados desde la muerte de la madre, que no visitaban á nadie. Cuando Andrés Marenne venía á pasar un rato en su compañía, llamaba familiarmente con la mano, como aquellos para quienes la puerta está siempre abierta. Un profundo silencio reinó en la salita mientras que en la puerta del cuarto se oía una animada conversación, y por fin la anciana criada hizo entrar á un joven completamente desconocido, que se detuvo admirado en la puerta, delante del lindo cuadro que formaban las niñas alrededor de la mesa, lo que fué causa de que se presentara con timidez y

algo cortado. El recién llegado explicó, sin embargo, con mucha claridad, el motivo de su visita. Iba recomendado por el anciano Passajon, amigo del señor Joyeuse, para que éste le pusiera al corriente de la contabilidad, pues un conocido suyo estaba comprometido en un negocio en comandita, que no acertaba á examinar. El joven quería servir á su amigo enterándose del empleo de los capitales y de la rectitud de las operaciones; pero era abogado, y por lo tanto se hallaba poco al corriente de las operaciones financieras, y, en consecuencia, deseaba preguntar al señor Joyeuse si no podría, durante algunos meses, darle tres ó cuatro lecciones á la semana.

—Sí, señor, sí. . . . murmuraba el infeliz, aturdido por tan inesperada suerte. Me encargo de ponerlo perfectamente apto en pocos meses para que podáis llevar dichas cuentas. ¿Adónde tengo que ir á dar la lección?

—Aquí, si lo tenéis á bien, respondió el joven, pues me conviene que nadie se entere de que me ocupo en este trabajo. Solamente sentiría mucho que cada vez que venga sucediera lo que esta noche, es decir, que todo el mundo huya cuando llegue yo.

En efecto, á las primeras frases pronunciadas por el joven, las cuatro muchachas habían desaparecido, charlando en voz baja, dejando vacía y triste la salita, tan alegre antes.

Siempre muy desconfiado cuando se trataba de sus hijas, el buen padre contestó que sus niñas tenían por costumbre recogerse temprano, y esto fué dicho con un tono tal, que significaba claramente: «Os ruego que hablemos de nuestras lecciones.» Y se trató entonces de los días y de las horas útiles de la noche.

En cuanto á las condiciones, el anciano las dejaba á la decisión del alumno.

El joven fijó una cantidad.

El señor Joyeuse se puso muy encarnado; aquella suma era lo que ganaba en casa del señor Hermelingue.

—¡Oh! no, exclamó; es demasiado.

Pero el joven no le oía ya; buscaba un medio, abría la boca para hablar y se detenía como si tuviera que decir algo muy difícil de pronunciar, y, por fin, de pronto, alargándole la mano:

—He aquí, dijo, el primer mes de vuestros honorarios.

—Pero, caballero. . . .

Mas el discípulo insistió diciendo que no tenía el honor de ser conocido, y que, por consiguiente, era justo que pagase adelantado. El señor Joyeuse comprendió que Passajon había enterado al joven de su precaria situación, y dijo á media voz y muy conmovido:

—¡Gracias, oh, mil gracias!

Ya tenía para vivir algunos meses, y con tiempo para buscar un nuevo empleo, sus hijitas no carecerían de nada y podría comprarles los tan deseados aguinaldos. ¡Oh Providencia!

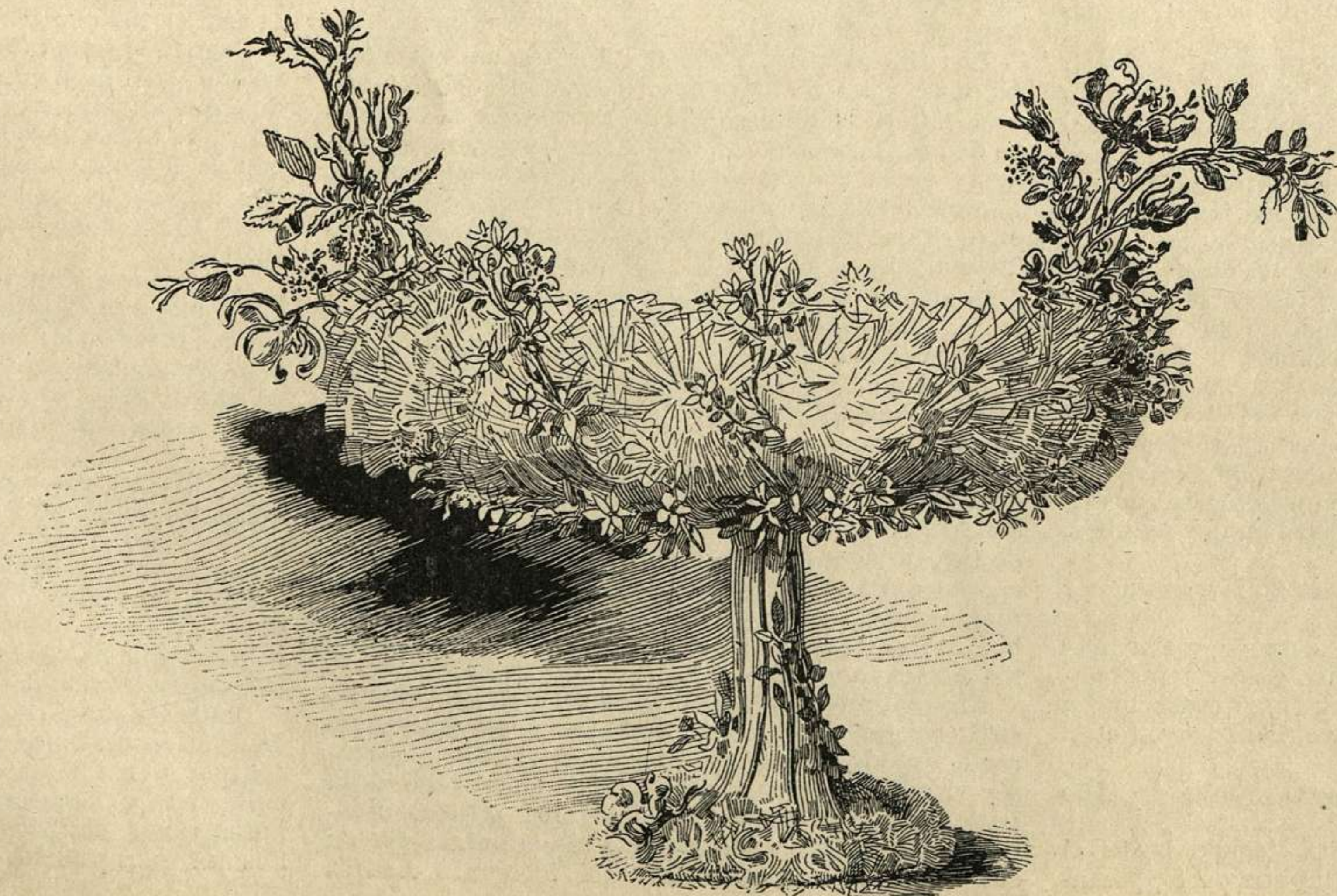
—Pues bien; hasta el miércoles, señor Joyeuse.

—Hasta el miércoles, señor. . . .

—De Géry. Pablo de Géry.

Y ambos se separaron, encantados, deslumbrados, el uno por la inesperada aparición de aquel salvador, el otro por el admirable cuadro, que apenas había entrevisto, formado por toda aquella juventud femenina agrupada alrededor de la mesa cubierta de libros, cuadernos, madejas, y que tenía tal aire de pureza y de honradez, que hacía desear vivir en aquel tranquilo hogar.

ALFONSO DAUDET.







## EL SECRETO DEL CADALSO.

Las ejecuciones recientes me traen á la memoria la siguiente historia:

Aquella noche, 5 de Junio de 1864, á las siete, el Doctor Edmond Desiré Couty de La Pommerais, recientemente trasladado de la Conserjería á la Roquette, estaba sentado, metido en la camisa de fuerza en la celda de los condenados á muerte.

Taciturno, con los ojos fijos, se acodaba en el respaldo de su silla; una bujía sobre la mesa iluminaba la palidez de su rostro frío. A dos pasos



netas brillaban en la penumbra y el Director de la Roquette, el señor Beauquesne, apareció sobre el umbral acompañado de un visitante.

El señor de La Pommerais, levantando la cabeza, reconoció á la primer ojeada, en aquel visitante al cirujano Armand Velpeau.

A una señal desapareció el guardián y retirado á su vez el señor Beauquesne, después de una muda presentación, los dos colegas quedaron de pronto solos, de pie en frente uno de otro y viéndose fijamente.

La Pommerais, en silencio, señaló al Doctor su propia silla y en seguida fué á sentarse enese camastro donde los que llegan á dormirse son despertados á la vida en medio de un sobresalto. Como se veía apenas se aproximó el gran clínico al enfermo para observarlo mejor y poder practicar en voz baja.

\* \* \*

Velpeau aquel año entraba en los sesenta. En el apogeo de su renombre, heredero del sillón de Larrey en el Instituto, primer Profesor de clínica de París, y por sus obras todas de un rigor de deducción tan preciso, una de las lumbreras de la ciencia patológica actual, el ameritado práctico se imponía ya como una de las eminencias del siglo.

Después de un frío momento de silencio.

—Señor, dijo, entre médicos se debe evitar inútiles condolencias. Por otra parte, una afección de la próstata (de la que seguramente debo morir dentro de dos años ó dos y medio) me coloca también con algunos meses de plazo entre el número de los condenados á muerte.

A los hechos pues, y sin preámbulos.

—Entonces, según vos, doctor, mi situación judicial es... desesperante?

—Eso se cree, respondió sencillamente Velpeau.

—¿Se ha fijado mi hora?

—Lo ignoro, pero como nada se ha convenido aún á vuestro respecto, podéis seguramente contar con algunos días.

La Pommerais pasó sobre su frente fría la manga de su camisa de fuerza.

—Sea, estaré dispuesto. Lo estaba ya, y lo más pronto será lo mejor.

—No habiendo sido rechazado vuestro recurso, por ahora al menos, repuso Velpeau, la proposición que os voy á hacer no es más que condicional. Si tenéis buena suerte, tanto mejor. Si no...

El gran cirujano se detuvo.

—¿Si no? preguntó la Pommerais.

Velpeau, sin responder, sacó de su bolsa un pequeño estuche, lo abrió, sacó la lanceta, y rasgando la camisola en el puño izquierdo apoyó el corte en el pulso del condenado,

—Señor de La Pommerais, dijo, vuestro pulso me revela una sangre fría, una firmeza rara. La diligencia que cumplo cerca de vos (y que debe mantenerse secreta) tiene por objeto una especie de ofrecimiento que, aunque dirigido á un médico de vuestra energía, á un espíritu templado en las convicciones positivas de nuestra ciencia, y desprovisto de todo temor fantástico de la muerte, podría parecer de una extravagancia y una decisión criminales. Pero creo que sabemos quiénes somos y espero que lo toméis en consideración por extraño que os parezca á primera vista.

—Contad con toda mi atención, señor, respondió La Pommerais.

—Estáis lejos de ignorar, repuso Velpeau, que una de las más interesantes cuestiones de la fisiología moderna es saber si persiste algún destello de memoria, de reflexión, de sensibilidad real en el cerebro del hombre después de la sección de la cabeza.

A esta salida inesperada el condenado se estremeció, pero luego, reportándose:

—Cuando entrasteis, doctor, respondió, estaba justamente muy preocupado por este problema, doblemente interesante para mí por otra parte.

—¿Estáis al corriente de los trabajos escritos sobre esta cuestión, desde los de Soenumberg, Sire, Sedillot y Bechat, hasta los modernos?

—Y hasta he asistido á una de vuestras cátedras de disección de los restos de un ajusticiado.

—Ah! A los hechos entonces. ¿Tenéis nociones exactas, desde el punto de vista quirúrgico, sobre la guillotina?

La Pommerais, viendo fijamente á Velpeau, respondió friamente:

—No, señor.

—Yo he estudiado hoy escrupulosamente el aparato, continuó sin inmutarse el doctor Velpeau y doy testimonio de que es un instrumento perfecto.

Obrando á la vez el puñal-cuchillo como cuña, como hoz y como masa, corta en bisel el cuello del paciente en un tercio de segundo. El decapitado bajo el choque de este golpe fulgurante no puede pues sentir ningún dolor, como no lo experimenta el soldado cuando en el campo de batalla le arranca un brazo la bala de cañón. La sensación por falta de tiempo es nula y oscura.

Quizá haya dolor: quedan dos llagas vivas. ¿No es Julia Fontenelle la que, dando sus motivos, pregunta si esta misma velocidad no tiene consecuencias más dolorosas que la ejecución con sable ó con hacha?

—Berard bastó para desprestigiar esta ilusión, respondió Velpeau.

Para mí tengo la convicción basada en cien experiencias y en mis observaciones particulares que la sección instantánea de la cabeza produce inmediatamente en el individuo el desvanecimiento anestésico más absoluto.

El solo síncope provocado por la pérdida de los cuatro ó cinco litros de sangre que salen de los vasos (y frecuentemente con una proyección circular de un metro de diámetro) bastaría para serenar á los más tímidos á este respecto.

En cuanto á los sobresaltos inconscientes de la máquina carnal, súbitamente detenida en su procesus no constituyen un indicio de sufrimiento, como la agitación de una pierna cortada, por ejemplo, cuyos músculos y nervios se contraen pero por la que no se sufre. Digo que aquí la fiebre nerviosa de la incertidumbre, la solemnidad de los preparativos fatales y el sobresalto del despertar matinal son lo más efecti-



vo del pretendido sufrimiento. No pudiendo ser la amputación más que imperceptible, el dolor real no puede ser más que imaginario. ¡Bah! un golpe así sobre la cabeza no solamente no se siente sino que no deja ninguna conciencia de su

un guardián, de pie, pegado al muro, lo observaba con los brazos cruzados.

Ordinariamente los prisioneros son obligados á un trabajo cotidiano, de cuyo salario descuenta el administrador desde luego, el precio del ataúd, que no le suministra. Sólo los condenados á muerte no tienen ningún trabajo.

El prisionero estaba impasible, no se leía en su mirada ni esperanza ni temor.

Treinta y cuatro años, moreno, de mediana estatura, las sienes canosas, la mirada nerviosa, semivelada, frente de razonador, la voz firme y breve, las manos saturnianas, la fisonomía normal de las gentes estrechamente correctas, las maneras de una distinción estudiada; así era como aparecía.

(Se recuerda que en las sesiones del Sena, no habiendo podido borrar el defensor.—M. Lachaud—de la conciencia de los jurados, el triple efecto producido por los debates, las conclusiones del Doctor Mardieu y la requisitoria de M. Oscar de Vallée, M. de La Pommerais, convencido de haber administrado, con un fin torcido y con premeditación, dosis mortales de digitalina á una señora amiga suya—la señora de Pamo, había oído pronunciar contra él, en aplicación de los arts. 301 y 302 del Código Penal, la pena de muerte).

Aquella noche, como de Junio, ignoraba aún la negación del recurso de casación, así como la repulsa de toda audiencia de gracia solicitada por sus parientes. Apenas si su defensor, más feliz, había sido escuchado distraídamente por el Emperador. El venerable abate Crozes, que antes de cada ejecución, agotaba sus súplicas en las Tullerías, había vuelto sin respuesta. Conmutar la pena de muerte en semejantes casos, ¿no era como abolirla? ¿El caso era ejemplar? Habiendo sido rechazado el recurso y debiendo ser notificado de un momento á otro, el Sr. Hendeich acababa de ser requerido para que entregara al condenado el 9 á las cinco de la mañana.

Súbitamente un ruido de culatas de fusil sonó sobre las baldosas del corredor; la cerradura rechinó pesadamente, la puerta se abrió, las bayo-

choque, como la simple lesión de las vértebras que produce la insensibilidad atáxica; y luego, la separación misma de la cabeza, la cisión de la espina dorsal, la interrupción de las relaciones orgánicas entre el corazón y el cerebro, no bastaría á paralizar en lo más íntimo del ser humano toda sensación, aun vaga, de dolor? Imposible, inadmisible, y vos lo sabéis tanto como yo.

—Lo espero al menos más que vos, señor, respondió La Pommerais. Pero, no es en realidad un grande y rápido sufrimiento físico (apenas concebible en el desarrollo sensorial y velozmente ahogado por la invasora ascendencia de la muerte) no es eso, digo, lo que temo, sino otra cosa.

—Tratad de formularlo, dijo Velpeau.

—Escuchad, murmuró La Pommerais, después de un silencio; en definitiva los órganos de la memoria y de la voluntad (si están circunscritos en el hombre en los mismos lóbulos que hemos comprobado en... el perro, por ejemplo) estos órganos, digo, son respetados por el paso del cuchillo.

Hemos rechazado ya demasiado equívocos precedentes, tan inquietantes como incomprendibles para que me deje persuadir tan fácilmente de la inconsciencia de un decapitado. Según las leyendas, ¿cuántas cabezas, interpeladas, han vuelto su mirada hacia quien las interpelaba? ¿memoria de los nervios? ¿movimientos reflejos? Vanas palabras.

¿Os acordáis de la cabeza de aquel marinero que en la clínica de Brest, una hora y cuarto después de la degollación, cortaba en dos, con un movimiento de mandíbulas—tal vez voluntario—un lápiz colocado entre ellas? Para no escoger más que este ejemplo, entre mil, la cuestión sería aquí saber si es ó no el yo de este hombre el que después de la cesación de la hematosis impresionó los músculos de su cabeza exangüe.

—El yo está en el conjunto, dijo Velpeau.

—La médula espinal es la prolongación del cerebelo, respondió La Pommerais, y siendo así, ¿dónde está el conjunto sensitivo? ¿Quién podrá revelarlo? Antes de ocho días, ciertamente yo lo habré aprendido... y olvidado.

—De vos depende tal vez que la humanidad sepa la verdad sobre el caso, respondió lentamente Velpeau, los ojos sobre los ojos de su interlocutor... Y hablemos francamente, á esto es á lo que he venido.

He sido enviado ante vos, por una comisión de nuestros más eminentes colegas de la Facultad de París, y mirad mi pase del Emperador. Contiene poderes suficientemente extensos para prorrogar en caso necesario la orden misma de vuestra ejecución.

—Explicaos, porque no os comprendo, respondió La Pommerais turbado.

—Señor de La Pommerais, en nombre de la Ciencia que nos es tan cara y que no cuenta ya entre nosotros con mártires magnánimos, vengo, (en la hipótesis, para mí más que dudosa, de que fuera practicable alguna experiencia convenida entre nosotros) á reclamar de todo vuestro ser la mayor suma de energía y de intrepidez que se pueda esperar de la especie humana. Si vuestro recurso de gracia es rechazado, encontraréis, siendo médico, un asunto interesante en esta suprema operación. Vuestro concurso, sería pues inestimable en una tentativa de comunicación, aquí. Ciertamente, por grande que sea nuestra buena voluntad, todo parece afirmar de antemano el resultado negativo; pero en fin, con vos, (siempre en la hipótesis de que esta experiencia no sea absurda en principio) ofrece una probabilidad sobre diez mil de derramar una luz milagrosa, por decirlo así, en la Fisiología moderna. La ocasión, pues, debe aprovecharse desde luego, y en el caso de un signo de inteligencia victoriosamente cambiado después de la ejecución, dejaríais un nombre cuya gloria científica borraría para siempre el recuerdo de vuestra falta social.

—¡Ah! murmuró La Pommerais lívido, pero con una sonrisa resuelta, ¡ah! comienzo á comprender. De hecho, los suplicios han revelado ya el fenómeno de la digestión, nos dice Michelot. Pero... ¿de qué naturaleza sería vuestra experiencia? ¿sacudidas galvánicas? ¿incitaciones del ciliar? ¿inyecciones de sangre arterial? Todo poco concluyente.

—Creo inútil decir que inmediatamente después de la ejecución, vuestros restos irán á reposar en paz y que ninguno de nuestros escalpelos os tocará, dijo Velpeau. No. Pero al caer el

cuchillo yo estaré allí, yo, de pie, frente á vos, contra la máquina. Tan velozmente como sea posible vuestra cabeza pasará de manos del verdugo á las mías. Y entonces, no pudiendo ser seria y concluyente la experiencia sino en razón de su misma sencillez, os gritaré muy distintamente al oído: Señor Conty de La Pommerais, en recuerdo de nuestro pacto durante la vida, podéis en este momento bajar tres veces consecutivas el párpado de vuestro ojo derecho, manteniendo abierto el izquierdo. Si en este momento, cualesquiera que sean las demás contracciones faciales, podéis por estos tres parpadeos indicarme que me habéis oído y comprendido y probármelo impresionando así por un acto de memoria y de voluntad permanente vuestro músculo parpebral, vuestro nervio gomático y vuestra conjuntiva, dominando así todo el horror, todo el impulso de las otras impresiones de vuestro ser, este hecho será bastante á iluminar á la ciencia y revolucionar nuestras convicciones. Y yo sabré, no lo dudéis, notificarlo de tal modo, que en el porvenir vuestra memoria no sea la de un criminal sino la de un héroe.

A estas insólitas palabras, el señor de La Pommerais pareció presa de una emoción tan profunda, que, con las pupilas dilatadas y fijas sobre el cirujano, permaneció durante un minuto silencioso y como petrificado. Después, sin decir palabra, se levantó, dió algunos pasos, pensativo, y luego sacudiendo tristemente la cabeza:

—La horrible violencia del golpe me quitará toda conciencia. Realizar esto, me parece un hecho fuera de todo querer, de todo esfuerzo humano, dijo. Se sabe, por otra parte, que las probabilidades de vitalidad no son iguales para todos los guillotinos. Sin embargo, volved, señor, la mañana de la ejecución. Os responderé si me presto ó no á esta tentativa, á la vez espantosa, rebelde é ilusoria, si no cuento con vuestra discreción, no es cierto que dejaréis sangrar mi cabeza tranquilamente en la bandija de estaño que la recibirá?

—Hasta la vista, pues, señor de La Pommerais, dijo Velpeau levantándose también. Reflexionad.

Los dos se saludaron.

Un instante después, el doctor Velpeau abandonaba la celda; el guardián entraba y el condenado se tendía, resignado, en su lecho de campo para dormir ó soñar.

Cuatro días después, á las cinco y media de la mañana, el señor Beauquerne, el abate Crozes, el señor Claudio y el señor Potier, escribano de la corte imperial, entraban en la celda. Despertado el señor de La Pommerais con la nueva de la hora fatal, se levantó muy pálido, y se vistió rápidamente. Después conversó diez minutos con el abate Crozes, cuyas visitas había acogido muy bien (se sabe que el santo sacerdote estaba dotado de esa unción de vidente que hace dulce la última hora) y luego, viendo llegar al doctor Velpeau:

—He trabajado, dijo. Ved.

Y durante la lectura de la sentencia, mantuvo cerrado su párpado derecho, mirando fijamente al cirujano con el ojo izquierdo.

Velpeau se inclinó profundamente, y luego volviéndose hacia el señor Hendreich, que entraba con sus auxiliares, cambió violentamente con el verdugo un signo de inteligencia.

La toilette fué rápida: se observó que el fenómeno de los cabellos que se emblanquecen bajo las tijeras, no se produjo. Una carta de despedida de su mujer leída en voz baja por el sacerdote mojó sus ojos con lágrimas, que el abate enjugó piadosamente con el pedazo levantado del escote de la camisa. Una vez de pie, y echada la levita sobre sus espaldas, se aflojaron las cadenas en sus puños. Después rehusó el vaso de aguardiente y la escolta se puso en marcha en el corredor. Al llegar al portal, y encontrando á su colega:

—Hasta la vista, le dijo muy bajo, y adiós.

Las pesadas hojas de fierro se abrieron y rodaron ante él.

El viento de la mañana entró en la prisión, amanecía; la gran plaza se extendía á lo lejos, franjeada por un doble cordón de caballería, enfrente, á diez pasos, en un semicírculo de gendarmes á caballo, cuyos sables resonaron á su aparición, surgía el cadalso.

Allá, detrás de los árboles, se oían los vagos rumores de la multitud, enervada por la vigilia. Sobre los techos de las tabernas y en las ventanas se asomaban en compañía de tristes vestidos negros, algunas cortesanas lívidas, ajadas, cubiertas por sederías vistosas, teniendo aún en la mano una botella de champagne. En el aire matinal volaban las golondrinas.

Sola, llenando el espacio y limitando el cielo, la guillotina parecía prolongar sobre el horizonte la sombra de sus dos brazos levantados, entre los que allá, muy lejos, en el azul del alba, se veía cintilar la última estrella.

A este aspecto funerario el condenado se estremeció, pero luego avarzó resueltamente. Subió los escalones. Ya el cuchillo triangular brillaba sobre el negro bastidor, velando la estrella. Ante la plancha fatal, después del crucifijo besó un bucle de sus propios cabellos levantado durante la toilette por el abate Crozes que le tocó con él los labios: Por ella, dijo.

Las siluetas de los cinco personajes se destacaban sobre el cadalso: el silencio, en este instante se hizo tan profundo que el ruido de una rama quebrada á lo lejos bajo el peso de un curioso, llegó con el grito y algunas vagas y pérfidas risas, hasta el grupo trágico. Entonces como sonara la hora cuyo último toque no debía oír el señor de La Pommerais vió frente á él á un extraño experimentador que con una mano sobre la plataforma lo veía. Se recogió un segundo y cerró los ojos.

Bruscamente funcionó la báscula, se abatió la argolla, cedió el botón y pasó el relámpago del cuchillo. Un choque terrible sacudió la plataforma; los cabellos se encabitaron al olor magnético de la sangre y el eco del ruido vibraba aún cuando la cabeza ensangrentada de la víctima palpitaba ya en las manos impasibles del cirujano de París, enrojeciéndole los dedos, las mangas y los vestidos.

Era una cabeza sombría, horriblemente blanca, de ojos abiertos y como distraídos, de cejas torcidas y rictus crispado; los dientes castañeteaban; la barba había sido interesada en la extremidad del maxilar inferior.

Velpeau se inclinó rápidamente sobre aquella cabeza, y articuló en la oreja izquierda la pregunta convenida. Por sereno que fuera este hombre el resultado le hizo temblar con una especie de terror frío: *el párpado del ojo derecho se cerró; el ojo izquierdo abierto, lo miraba.*

—En nombre de Dios mismo y de nuestro ser, dos veces más ese signo, gritó algo extraviado.

Las pestañas se separaron como por un esfuerzo interno, pero el párpado no se levantó ya. El rostro de segundo en segundo se hacía rígido, frío, inmóvil. Todo había terminado.



El Doctor Velpeau entregó la cabeza muerta á Hendreich, que abriendo el cesto, la colocó según costumbre entre las piernas del tronco ya inerte.

El gran cirujano se lavó las manos en uno de los cubos destinados al lavado, ya comenzado de la máquina. En torno suyo pasaba la multitud, pensativa, sin reconocerlo. Se secó después en silencio.

Y luego, con pasos lentos, con la frente meditabunda y grave se dirigió á su carruaje que lo esperaba en el ángulo de la prisión. Al subir vió el furgón judicial que se alejaba al vrote hacia Montparnasse.

CONDE VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

# A MI MADRE.

Miedo me da el pensar lo que en mí siento,  
y por eso en sus males, importuno,  
sólo sabe ir á tí mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,  
ya sé que están en nuestra humilde casa,  
todos muy bien, aunque feliz ninguno.

Que arrastren, como yo, su dicha escasa  
con católica fe, con pecho fuerte;  
que la vida es cruel, mas pronto pasa.

Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte  
de vivir esa vida de alegría,  
que no muere en el día de la muerte.

¿Quieres saber mi historia, madre mía?  
¡Ay! si el saberla yo me da tormento,  
el contártela á tí, ¿qué me daría?

De un pesar que no espera es mi lamento,  
por eso hoy busca tu materno lado,  
maniático de tí, mi pensamiento.

Del hijo más que todos desdichado,  
abre tu corazón á sus gemidos,  
por la vida tan triste que le has dado.

Pensando en goces, para siempre huidos,  
mi mano sofocando la agonía,  
del corazón retiene los latidos.

¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,  
aquel dulce mirar con que afrontabas  
al sol de otoño al acabarse el día!

¡Cuántas dichas entonces me augurabas,  
mientras viendo nacer mis sentimientos,  
con el alma en los ojos me mirabas!

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,  
¡cómo, en recuerdo de tan bellos días,  
hoy te besan los piés mis pensamientos!

Al fijar tus pupilas en las mías,  
como es la voz del alma tu mirada,  
¡qué de cosas, callando, me decías!

Ya mi mente en tu espíritu filtrada,  
dejaré deslizarse mi existencia  
en tu augusta belleza vinculada.

Tú sola en mi dolor me das paciencia,  
pues siempre con tu imagen me acompañas,  
confidente leal de mi conciencia.

Tú de luz pura el pensamiento bañas,  
la infernal lobreguez treccando en cielo,  
del hijo, antes feliz, de tus entrañas.

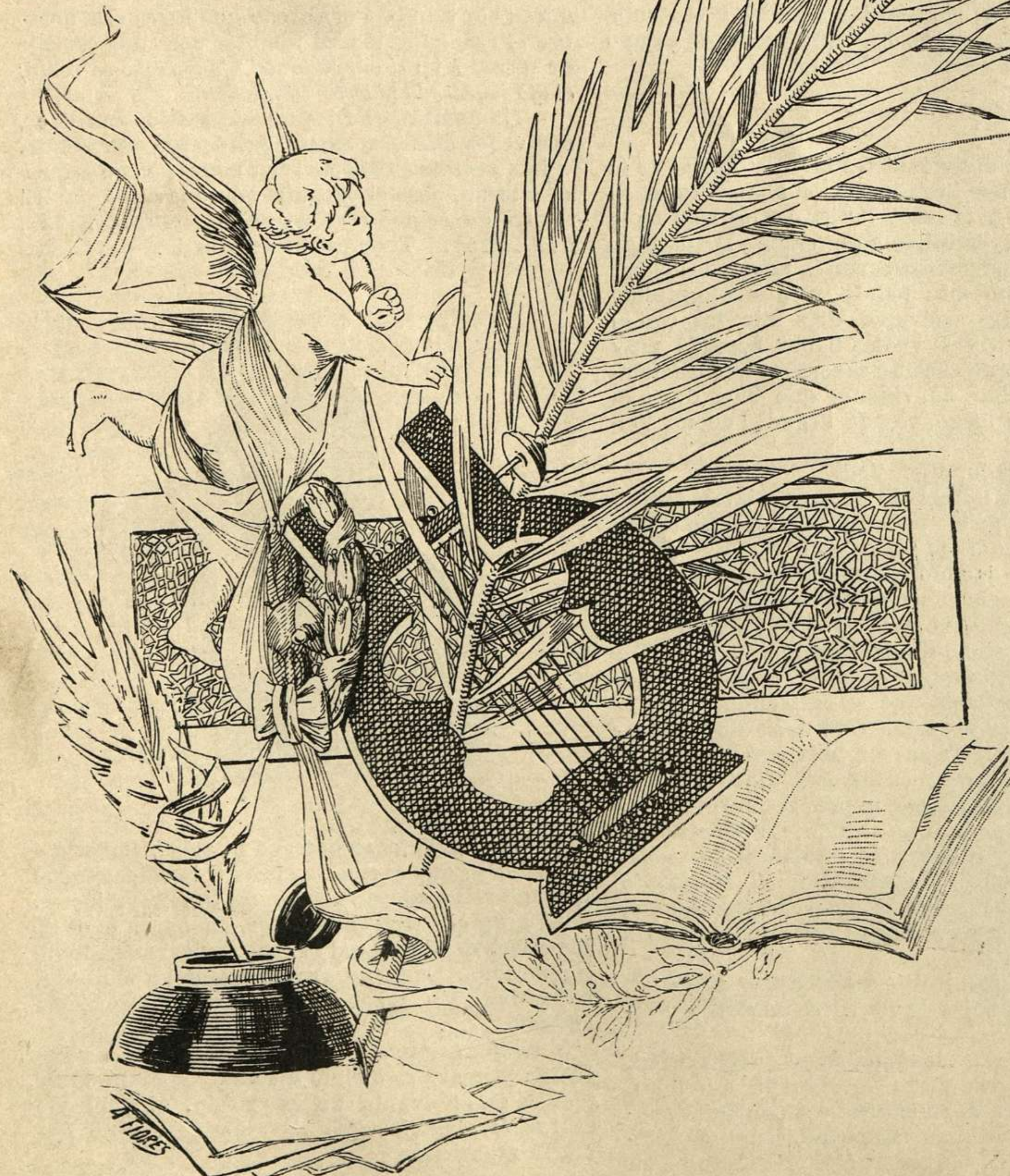
Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,  
pues sabe bien tu natural tristeza  
que el placer de llorar es gran consuelo.

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,  
perdí con la esperanza la energía,  
y ya hasta tengo de vivir pereza.

Fué tan larga y terrible mi agonía,  
que por tu hermosa senectud te juro  
que, á no vivirme tú, me momificaría.

De tanto ser como encontré perjuro,  
ya dejo hasta el recuerdo, que maldigo,  
por tu amor siempre grande y siempre puro.

Desde este día á tu mejor amigo  
ya no le importa oscuridad ó gloria,  
gusto ó pesar, sufriendolo contigo.



Del alma, que consagro á tu memoria,  
presto los males curará la muerte,  
desenlace final de toda historia.

Y antes la edad, más que las penas, fuerte,  
me dará poco á poco ese desvío,  
que la tristeza en hábito convierte.

Buitre de las pasiones, el hastío  
con serdo afán mi corazón devora,  
y el pecho se me queja á pesar mío.

Mas así iré viviendo hora tras hora  
hasta que ponga fin á mi existencia  
aquel Dios que es más Dios del ser que llora.

Y querrá, en su bondad, la Providencia,  
mientras llega ese fin, dar á mi mente  
la angustia que se abisma en la paciencia.

¿Recuerdas la tersura de mi frente?  
¡Oh, qué ¡ay! darías sus arrugas viendo,  
de esos que dais las madres solamente!

Mas concluyo esta carta, porque entiendo  
que lo mismo que á mí cuando te escribo,  
te se caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo  
que es pagar con un ¡ay! con mucho exceso  
la ruin parte de vida que ahora vivo.

¡Cuánto lloras mi mal! A cuenta de eso,  
para estampar en tu anchurosa frente,  
además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente  
á darte voy cuanto tu amor desea,  
que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,  
de mi vida los últimos alientos  
besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,  
cuantas horas los días han tenido,  
tuve yo para tí de pensamientos.

Adiós, mi santo amor; tú siempre has sido  
el ángel para mí de las mujeres;  
recuerda sin cesar que no te olvido,  
y escíbeme á menudo que me quieres.

RAMÓN DE CAMPOAMOR,

**Aplicaciones generales del agua fría  
Y DEL AGUA CALIENTE.**

Las más importantes aplicaciones del agua caliente para obtener un efecto excitante, son la ducha muy caliente en forma de cascada, de regadera ó de chorro á una temperatura de 110 á 130 grados F., que dure de quince segundos á cuatro minutos; el riego muy caliente, de 110 á 115° de temperatura, continuado de 30 segundos á cinco minutos; la envoltura en cobertor caliente, de 105 á 110° de temperatura, que dure de diez á veinte minutos; el baño caliente de esponja; el enema caliente de 105 á 112°; la bebida de agua caliente; el baño de esponja alternado, caliente y frío, y el baño completo, á una temperatura de 105 á 110 grados, y prolongado de cinco á diez minutos.

El objeto de las aplicaciones alternativamente frías y calientes es siempre renovar el efecto excitante del calor; de aquí resulta que la aplicación del frío debe ser breve, sólo bastante larga para quitar el calor que la piel ha absorbido por la aplicación caliente, pero no bastante larga para traer el descenso de la temperatura, el cual se conoce por el caos-frío, el temblor ó otra indicación de reacción térmica. Por regla general, en las aplicaciones frías y calientes debe darse á una y á otra un tiempo igual,—de cerca de quince segundos á cada una.

Las aplicaciones frías y calientes son aplicaciones excitantes *par excellence*, por las siguientes razones.

1. Para los efectos excitantes primarios es de desearse impulsar los centros nerviosos á la actividad sin agotarlos por dar lugar á efectos marcados de reacción. Especialmente es importante suprimir la reacción térmica atónica.

2. Si se prolonga la aplicación fría, su efecto es extraer el calor de la piel y de la sangre, y de este modo ó disminuir directamente el vigor del enfermo ó provocar una reacción térmica que no es provechosa, porque agota todavía más los recursos del cuerpo ya debilitado.

3. Por una corta aplicación del calor seguida inmediatamente de una aplicación fría de igual duración, la impresión del calor se hace sólo de suficiente intensidad y duración para producir la impresión nerviosa deseada, previniéndose todo efecto ulterior por la influencia antitética de la siguiente aplicación fría, la cual restablece la temperatura normal de la piel, y prepara así para la nueva impresión excitante producida por la caliente que sigue.

A pesar de que los más fuertes efectos excitantes pueden obtenerse por la ducha alternativa, pueden también arreglarse efectos excitantes muy poderosos de la esponja alrternativamente fría y caliente, de las compresas, riegos, etc., de la misma clase.

Si se usan las aplicaciones no percucientes, como las fomentaciones, pueden emplearse mayores extremos de temperatura que con la ducha. Como regla general, la temperatura debe ser tan extremada como se pueda soportar sin sufrir verdadera molestia, exceptuando por supuesto, el caso en que por ser el enfermo extremadamente nervioso pueda ser sobreexcitado por la estimulación demasiado fuerte de los nervios sensorios.

En el empleo de baño caliente completo y de ducha caliente, debe tenerse mucho cuidado en evitar una excitación cerebral. Para prevenir ésta es necesario algunas veces aplicar una compresa fría ó un gorro de hielo á la cabeza al mismo tiempo que se hacen las aplicaciones calientes en otras porciones del cuerpo. Debe igualmente evitarse una sobreexcitación del corazón. En general las aplicaciones muy calientes están contra indicadas en los casos de debilidad del corazón, arterio-esclerosis, edad avanzada, infancia, la primera niñez, (menos de siete años), y también en los casos de enfermedad anterior producida por la acción del sol ó del calor.

El efecto excitante del frío puede á veces usarse con ventaja en los casos de colapso y de asfixia. La acción debe ser breve y general; y cuanto más fría sea el agua y más fuertemente se aplique, mejores serán los efectos producidos.

Por regla general, sin embargo, los efectos excitantes del calor deben ser preferidos á los del frío. Todos los efectos posibles depresivos del calor pueden ser prevenidos por una muy corta aplicación fría que siga á la aplicación caliente. Los efectos excitantes generales del frío y del calor, ó las aplicaciones alternativas de calor y frío, están indicadas en casos de agotamiento extremo, colapso, choque quirúrgi-

**Páginas de la Moda**



DOS HERMOSAS TOILETTES PARA LA ESTACION.

co, colapso por anestesia, en los ahogados, en la sofocación y en el síncope por hemorragia, susto ó otra causa.

Los efectos excitantes generales del agua fría ocupan un grande lugar en el arsenal terapéutico. En verdad, la ciencia médica moderna no conoce un agente terapéutico capaz de producir una excitación general más poderosa que la que puede obtenerse por la aplicación científica del agua fría. Una corta aplicación de agua muy fría es frecuentemente excitante, cualquiera que sea la forma en que se aplique. Cuando á la influencia de una baja temperatura se agrega la percusión, efecto obtenido por la ducha con presión considerable, la excitación que resulta es del carácter más intenso, y es capaz de conmover toda fibra nerviosa y toda célula, y de despertar toda especie de actividad en el cuerpo entero.

En el uso terapéutico del agua, deben distinguirse especialmente dos especies de efectos excitantes que á la vez que son generales ofrecen cierta semejanza; deben dividirse en reparadores y tónicos.

1. *Efectos reparadores.* Una sola y corta aplicación de agua fría bajo la forma de ducha, de riego, frotamiento, sábana mojada, inmersión ó cualquiera otra en la que el agua fría ó muy fría se pone en contacto con la superficie general del cuerpo, tiene siempre una influencia restaurante y vigorizadora. Un hombre que ha perdido su energía por esfuerzos laboriosos en una atmósfera en extremo caliente, encuentra su fuerza muscular singularmente restablecida por un riego de agua fría, por la inmersión, por un baño

frío de regadera y especialmente por una ducha. Hasta una aplicación de agua fría en la cabeza y en la cara tiene un efecto maravillosamente refrescante. El brillo de la mirada, el aumento de vigor y ligereza, y el intenso alivio que vienen de un simple baño de cabeza, cara y cuello en agua fría, son el resultado del estímulo de los centros nerviosos del cerebro y de la médula espinal y de la reacción tónica que á esta aplicación es consiguiente. Cuando la acción es sobre la superficie total del cuerpo en vez de limitarse á una área poco extensa, el efecto es proporcionalmente mayor.

Durante la estación del calor en nuestras grandes ciudades, millares de vidas se han salvado abriendo oportunamente baños gratuitos de regadera en los distritos donde la gente vive apiñada en casas de alquiler; y en este caso los efectos depresivos y debilitantes de una atmósfera sobrecalentada, han sido contrarrestados con éxito y contrariados por la influencia reparadora del baño frío.

Aquí es importante mencionar la necesidad de tener cuidado en el uso del agua fría en casos de agotamiento extremo promovido por un violento ejercicio y cuando existen escalofríos, haya ó no haya agotamiento. Una aplicación general fría no debe hacerse nunca cuando la superficie del cuerpo está fría, azulada y cubierta de sudor frío ó después de una fatiga extrema causada por un esfuerzo violento de cualquiera especie. Si la superficie del cuerpo está caliente y seca puede aplicarse el agua fría sin ningún riesgo; y ordinariamente la presencia del sudor aunque sea abundante, no es una contraindicación de estas aplicaciones, con tal de que el paciente esté molesto á causa de lo elevado de la temperatura; pero la aplicación debe ser corta y seguida de ejercicio suficiente para promover la reacción. Debe cuidarse de que el ejercicio no sea tal que produzca una reacción violenta, especialmente cuando la piel está caliente y cubierta de sudor.

En casos de extremado agotamiento, en los cuales no es prudente administrar un baño frío, puede hacerse con ventaja una aplicación fría á la cabeza, la cara, el cuello y la espina dorsal. Las manos y los pies pueden también ser metidos en agua fría teniendo cuidado de mantener cubierto el resto del cuerpo si hay un sudor frío.

Un baño corto caliente que dure de dos á cuatro minutos, seguido de un baño corto frío, es uno de los medios más eficaces para combatir el estado de agotamiento ó el colapso que ocurre frecuentemente en la fiebre.

J. H. KELLOGG, M. D.

**NUESTRO GRABADO.**

DOS HERMOSAS HERMOSAS TOILETTES PARA LA ESTACION.

La primera es de foulard cuadrillé con falda que tiene tres órdenes de tónicas ó delantales superpuestos guarnecidos de blonda. Blusa olgada plissé y abierta sobre un peto de muselina.

La segunda es una hermosa toilette de alpaca, con blusa de guipure que lleva unos coseletes muy graciosos de alpaca también.

Ambas son de estilos muy en boga en el verano actual.

**Un pago de 140,000 pesos de "LA MUTUA."**

El distinguido y bien conocido banquero de esta Capital Sr. D. Martín de Castillo y Cos (de la razón social, I. R. Cardaña y Compañía) estaba asegurado en LA MUTUA, Compañía de Seguros sobre la Vida, (The Mutual Life Insurance Company of New York) bajo las siguientes pólizas:

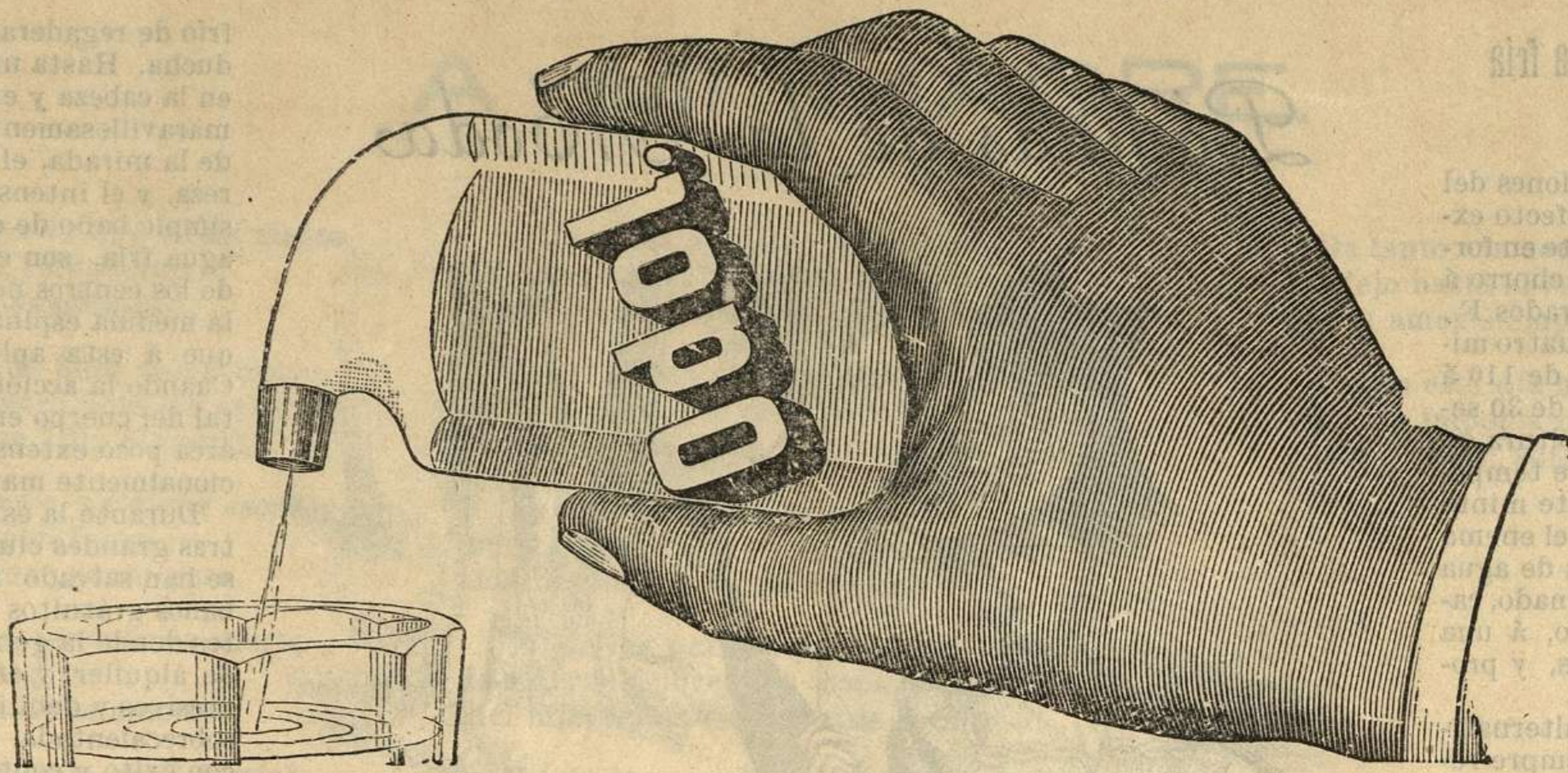
2 pólizas de 25,000 pesos oro americano, equivalentes á.....	\$100,000
2 pólizas de 20,000 pesos plata mexicana.....	40,000

Total, \$140,000

Según los certificados de los Señores Notarios Francisco Merino Ortiz, Francisco Diez de Bonilla y Agustín Pérez de Lara.

LA MUTUA pagó los días 15 y 22 de Junio á los beneficiarios, á la señora Soledad de Castillo de Lerdo de Tejada, Señores Samuel Hermanos, el Banco de «Londres y México» las sumas arriba expresadas.

## EL MEJOR DE TODOS LOS DENTIFRICOS



**PORQUE** enteramente distinto de todas las otras aguas, polvos, pastas y jabones, no contiene sustancias que alteren el esmalte y corroen la dentadura.

**PORQUE** dotado de propiedades antisépticas, impide el desarrollo de todos los microbios que enferman la boca y carien los dientes.

**PORQUE** todas las demás preparaciones no permanecen en la boca sino un tiempo excesivamente corto para ejercer la acción antiséptica que pudieran tener, en tanto que el ODOL que forma con el agua una emulsión en la que se encuentra dividido en gotas finísimas, penetra en todas las cavidades, quedando á ella y todas las membranas de las encías y de la boca, adheridas, y de esta manera *ejerce su acción por muchas horas.*

**PORQUE** su uso produce una sensación de agradable frescura, que no se obtiene en ninguna otra preparación dentífrica.

El ODOL es sumamente barato. Un frasco que vale \$1.50 cs. alcanza para varios meses. Se halla de venta en el afamado Almacén de Drogas de

# José Uihlein Sucesores.

Calle del Coliseo Nuevo No. 3.

## VINO DE

# = SAN GERMAN =

ST. GERMAIN

Del Dr. Latour Baumets.---Paris.

La poderosa acción del Aceite de Hígado de Bacalao en el tratamiento de las Enfermedades del PECHO, DE LA TISIS O CONSUNCIÓN, LA ANEMIA, LA CLOROSIS, EL RAQUITISMO, LA ESCROFULA, EL REUMATISMO, LAS ENFERMEDADES DE LA PIEL etc., etc. es universalmente conocida, pero nadie ignora que su uso es difícil y desagradable.

El Dr. Latour Baumets, ha logrado hacer desaparecer estos inconvenientes en la maravillosa preparación ST. GERMAIN, pues en ella se encuentran los principios medicamentosos del ACEITE DE BACALAO, las propiedades del prodigioso medicamento ICHTYOL, y los utilísimos y recomendables del KOLA, que formara un conjunto, que hacen esta preparación aceptable aún para los estómagos más delicados, pues prepara y vigoriza la absorción de los principios nutritivos que el ACEITE DE BACALAO contiene.

Las numerosas observaciones hechas en los Hospitales y en la clientela particular de prácticos competente, han acreditado el VINO DE SAN. GERMAN, y es recomendado por los principales Médicos del Mundo y por lo más eminentes Profesores de la Escuela Nacional de Medicina de México.

**Los resultados adquiridos son maravillosos**

Los periódicos de México y extraajeros, lo mismo como los de medicina pueden certificarlo.

EL VINO DE SAN. GERMAN, restablece el vigor físico y moral en las personas de ambos sexos fatigadas; que padecen de Anemia, Angustias, Afasia, Falta de Apetito, Afecciones del Corazón, nerviosas, respiratorias, Clorosis, Congestión Cerebral, Convulsiones, Convalecencia de pleuresía, Debilidad, Decrepitud, Delirio, Enajenación Mental, Extenuación, Excesos de toda clase, Enfriamiento de las Extremidades, Escrófula, Esterilidad, Fiebres, Hemorragias, Histeria, Impotencia, Incapacidad de trabajar, Languidez, Linfatismo, Pérdida de la memoria, Médula espinal, Náuceas, Parálisis, Consecuencia de Partos, Raquitismo, Reblandecimiento, Reuma, Tisis, Tuberculosis, Temblor senil, Trastorno moral, Vertigo, Vómitos, etc.

**DE VENTA EN LAS DBOGUERIAS Y BOTICAS.**